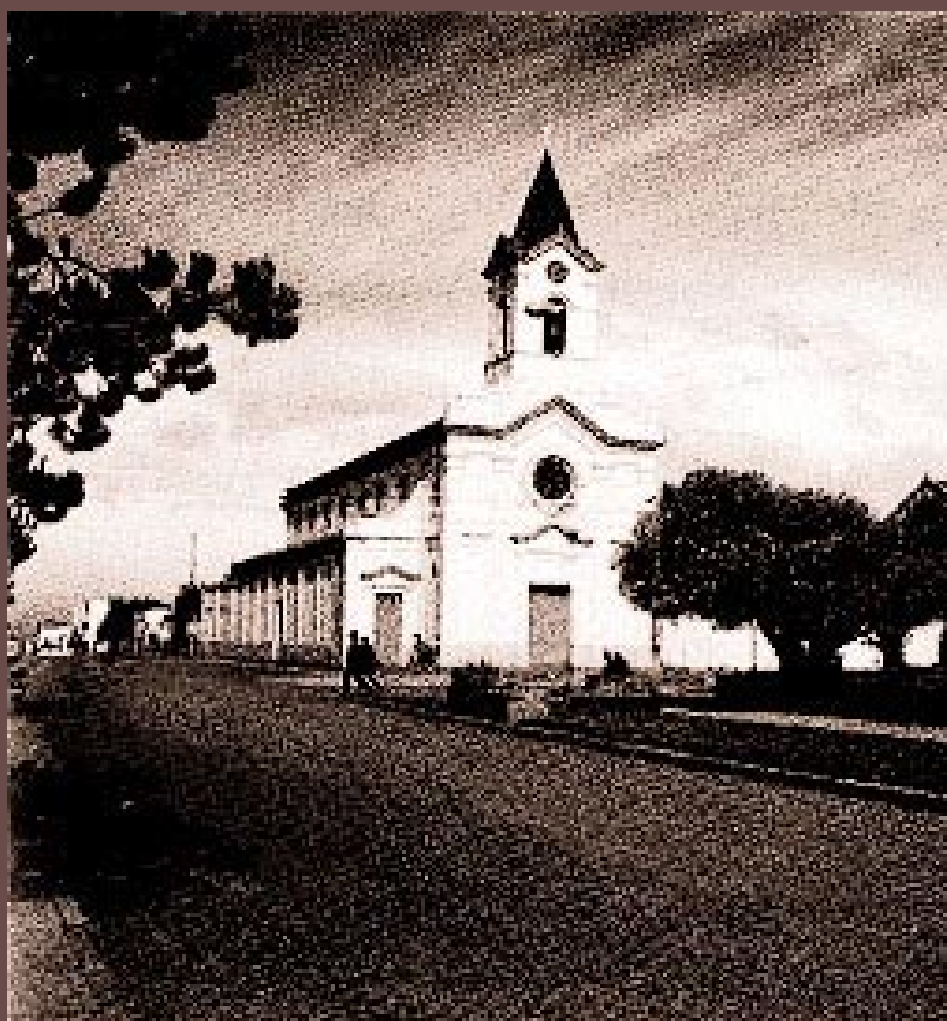


Oswaldo Wegmann

Primavera en Natales



El Autor de la Semana - © 1996-2000 Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Chile

Selección y edición de textos: Oscar E. Aguilera F. (oaguiler@uchile.cl)

El Autor de la Semana



Osvaldo Wegmann

(1918-1987)

Nacido en San Julián, Argentina, de padre suizo y madre chilena, transcurrió sus años de niñez y juventud en Puerto Natales, trasladándose más tarde a Punta Arenas, nacionalizándose chileno de acuerdo con las leyes vigentes. Sus dotes literarias afloraron a temprana edad, transformándose en uno de los más destacados periodistas de la Patagonia y en uno de sus más prolíficos escritores. Como periodista, fue director del diario «La Prensa Austral» por más de veinte años. Fue declarado Hijo Ilustre de Puerto Natales (1974), nombrado Miembro Correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua (1979), recibió la Medalla Municipal de Punta Arenas (1981), y fue galardonado como Ciudadano Distinguido de Magallanes (1982). Participó en varias campañas arqueológicas en la Patagonia. Fundador del diario «El Austral» de Puerto Natales e incluido en varias antologías y textos escolares, publicó los libros de cuentos «Tierra de alacalufes» (1953), «El sueño del ballenero» (1968), y «El cementerio de los milodones» (1984, Premio Municipal de Santiago de Chile, 1985). En el género de la novela editó «La tierra de las discordias» (1955), «El camino del hambre» (1970), «Primavera en Natales» (1973), «La última canoa» (dos tomos, 1977), además de «El tesoro del capitán Garfio» (edición póstuma, 1993). También publicó «Magallanes histórico» (1974).

Índice

Prólogo	4
I Los niños de mi barrio	6
II Mi amigo Martín	10
III El Moro Rodríguez	14
IV Violeta	18
V El tesoro de Hauff	22
VI El circo	26
VII La isla de los muertos	30
VIII El misterio de los ahogados	34
IX El alma de los barcos	39
X Cachucito	43
XI El Moro y su padre	47
XII El cofre de la cueva	51
XIII El postrer encargo	56
XIV La Separación	61
XV Recuerdos	65
XVI En el viejo cementerio	70

Prólogo

No soy yo, por cierto, quien pretenda presentar a los lectores -sobre todo a los lectores magallánicos- a Oswaldo Wegmann Hansen.

Hace ya muchos años que su nombre es familiar y conocido a través de su larga jornada de la pluma en bien de la literatura regional. Su nombre ha traspuesto con dignidad y altura de escritor concienzudo y profundamente conocedor de la tierra y los seres que describe en sus obras, las fronteras de la patria chica y ocupa, desde hace largo tiempo, el puesto que se ha ganado en la literatura nacional. La crítica lo ha galardonado y el público, supremo juez al fin, lo ha aplaudido, sin reserva.

Mucho le debe, y en el futuro, más aún que hoy, así se comprobará a través de la supervivencia del interés por su obra literaria, nuestra tierra austral chilena.

Estas líneas que hacen hoy el pórtico de entrada de esta nueva creación de Oswaldo Wegmann, son tan sólo las palabras del amigo de tantos años que pretenden trasuntar la emoción producida por la lectura de estas páginas tiernas y limpias en que el autor recto y viril de todas sus obras anteriores vuelca la nostalgia de su espíritu por los años de la infancia y el paisaje contemplado a través del prisma puro de los años inocentes. Es quizás por primera vez a través de su producción que Oswaldo Wegmann nos entrega la sensación de la dulce poesía que todo hombre lleva escondida dentro de sí.

Los recuerdos de los años encantados, la inocencia de las primeras aventuras de esos hombrecitos en potencia, el atisbo de la primera sensación del amor en pureza y ensueño, se deslizan en las páginas de este libro para adolescentes que el autor nos entrega.

El amado paisaje natal no tantas veces claramente descrito, por el autor en sus libros anteriores, se nos muestra ahora en un aspecto nuevo a través de esos muchachitos que junto a él viven en las páginas del libro la maravillosa aventura de sus días infantiles.

Junto al éxito de sus anteriores obras en que el afán literario, histórico, científico del autor le proporcionaron la satisfacción de amacizar su nombre, la ternura de estas páginas le proporcionarán sin duda alguna, la nueva satisfacción de llegar en forma directa y limpia al corazón de las juventudes que tenga el privilegio de leerlo.

Por mi parte, a esta altura de la vida, en que cuando se mira hacia atrás, se siente la tibieza de la nostalgia y el cariño por los seres y las cosas que nos acompañaron a lo largo de la existencia, tan sólo puedo decir que estoy seguro que cuantos amen y conozcan la vida y las realidades de nuestra amada tierra magallánica, encontrarán en las páginas de esta obrita encantadora un motivo más para amar a nuestro suelo y a nuestras gentes.

Y este nuevo motivo se lo deberán esta vez a Oswaldo Wegmann Hansen.

Y esto, en sí mismo solamente, es el triunfo y es el éxito.

José Grimaldi A.

I

Los niños de mi barrio

Puerto Natales se llama el pueblecito austral donde viví en la infancia. Su nombre, que evoco con cariño, me trae siempre gratas reminiscencias, porque está asociado a muchas horas felices de mi vida, llenas de emociones inolvidables. Ese puerto me recuerda los años idos, que volvería a vivir gustoso, aunque para ello tuviera que dar parte de la vida.

Las casitas de madera de Natales están esparcidas desde la playa a los cerros, en forma ordenada, con coquetería. Sus fachadas son grises y los techos rojos, con largas chimeneas, cercos de piquetes y aceras angostas, con soleras de gruesas tablas, blanqueadas por el sol y la lluvia.

El pueblo está a orillas de un canal de aguas generalmente bonancibles, pero que a veces se torna tempestuoso. Al frente de la población se divisa una hermosa península, con bosques y montañas, moles remotas y azules, que resaltan como pintoresco marco alrededor del caserío.

En la bahía se mecen los barquitos de los pescadores y de los cazadores de nutrias, atados a los muelles, de altos pilotes barbudos de la lamilla. A veces llegan vapores de ultramar a buscar los productos de las estancias y del frigorífico. Sobre sus gruesos cabos tendidos a la costa, se posan los pájaros del mar, cuando se detienen en sus vuelos migratorios.

La playa y los cerros de Puerto Natales fueron escenarios de mis andanzas juveniles, en compañía de un grupo de chiquillos, que hoy son hombres, muchos de ellos padres de familias. El tiempo ha transcurrido con su avidez inmutable y a pesar de eso no ha logrado que olvide a ninguno de esos niños, que recuerdo con alegría y también con pena, pensando en sus destinos, que han sido tan distintos. Muchos han consolidado una situación holgada; otros han endurecido sus manos en oficios rudos y viven siempre pobres, pero dignos. Algunos nos dejaron para siempre, legándonos el recuerdo triste de su ausencia. No han faltado tampoco las ovejas descarriadas que abandonaron el redil. De éstos no nos quedan noticias ni esperanzas.

Los niños que vivían en mi barrio, muy cerca del mar, formaban un grupo heterogéneo. Eran los chicos más raros que uno pueda imaginarse. Sin embargo, los caracterizaban los mismos sentimientos y una tremenda simpatía. Me refiero a la época de mis siete años, en que mi familia se estableció en Natales, que era el tiempo en que comencé a frecuentar la escuela.

Eramos muchos los alumnos que concurríamos al plantel y todos nos conocíamos bien. Sin embargo, voy a recordar ahora solamente a unos pocos, al reducido grupo que me acompañó a mi paso por casi todos los cursos, hasta mi época de estudiante todavía, cuando terminó esta historia.

En la sala angosta y alargada del primer año, en el curso que atendía el viejo y bondadoso maestro don Juan Vila, conocí a muchos compañeros. De todos ellos fui amigo, pero apreciaba mucho más a un niño de mi porte y edad, que usaba traje negro y calcetines blancos. Tenía ojos tristes y no obstante sonreía siempre. Se llamaba Juan Martín y fuimos excelentes camaradas.

Martín compartía conmigo el ancho banco de madera, en que nos sentábamos a estudiar el silabario. Detrás de nosotros se hallaban otros niños, entre ellos Lalo, el hijo de un tendero turco, que

era bueno alegre y estaba siempre con nosotros en las horas de recreo. formaba parte de la pandilla que capitaneaban Johnny, Manolo, el gordo Ruiz, Pepe y Abelino.

Pero mis mejores amigos, a excepción de Martín, no fueron los niños de la escuela, sino que los chicos del barrio, la mayoría de ellos holgazanes y vagabundos, que si estudiaban algo, era en otro colegio, rival del nuestro.

Martín vivía en el vecindario, los conocía bien y fue presentándomelos uno a uno. El primero que conocí fue el gringo Douglas, el pecoso, que vivía cerca de mi casa, frente a un gran potrero del frigorífico, donde también guardaban la lana de las estancias que traían en carretas en las temporadas de esquila. Un día me llamó al prado y después de provocarme, me dio de mojicones. Como era natural, reaccioné violentamente. Lo tomé de la solapa del vestón y con la mano zurda le propiné un golpe en las narices, haciéndole brotar la sangre. Sorprendido por mi actitud, que no esperaba, y herido, comenzó a llorar, huyendo a acusarme a sus padres.

Mi triunfo sobre Douglas constituyó una hazaña, que celebraron orgullosos los chicos del barrio, Esto me hizo conquistar las simpatías de todos ellos. Así fue como me hice amigo de Coruro, de Queltehue, Chorizo, el curco Pérez, Patillit, Bigotes y Anacleto, además de otros que no he vuelto a ver jamás. Todos cargaban remoquetes, hasta el mismo Anacleto, porque no se llamaba así. Mucho tiempo después llegué a saber, poco a poco, los nombres de esos muchachos, que con tanta naturalidad respondían ante los apodos más raros.

El gringo Douglas me guardó rencor durante largo tiempo. Peleamos muchas veces y al fin terminamos reconciliándonos. Era buen muchacho, inteligente y decidido. Muchos años después lo comprobé, cuando supe que, ya hecho un hombre, formó parte de una expedición polar, en la que se portó como un héroe.

Bigotes era otro de mis amigos, a quien no sé por qué recuerdo tanto. Tenía expresión burlona, por lo que le decíamos «carita de zorro». No me acuerdo dónde vivía. Los niños decían que su madre trabajaba en las casas alegres. Llegaba de vez en cuando al potrero, donde jugábamos al fútbol, y allí pasaba las horas con nosotros. Mucho tiempo nos acompañó en los juegos; después ingresó al colegio, y desapareció en las vacaciones. No lo he vuelto a ver en la vida.

Los chicos del barrio vivieron largos años junto a nosotros. y en la época en que termina esta historia, varios estaban aún a nuestro lado. Los primeros en marcharse fueron Pepe y Abelino, hijos del peluquero del barrio, un viejo español que un día arregló sus maletas y, junto con toda su familia, se embarcó para su patria. Iba en busca de la tranquilidad y lo sorprendió la guerra civil. No sé qué ha sido de Abelino, pero tuve noticias de que Pepe cayó combatiendo.

Nosotros lamentamos mucho la partida de estos niños. Pronto llegaron a reemplazarlos en la pandilla dos chiquillos, de nombres olvidados, pero cuyos apodos, los sé perfectamente, eran Puchoco y Manos de Poruña.

No todos ellos iban a la escuela; de todos modos eran amigos nuestros y solían reunirse con nosotros, a jugar en el potrero. Mi madre tenía allí un hato de cabras y nos divertíamos martirizando al semental, que atábamos a una carretilla, fabricada por mi hermano Perico. Cuando nos aburríamos de todas estas actividades, nos largábamos a la playa, a jugar en los botes. Así nos transformábamos en

marinos audaces y en piratas, émulos de los personajes de novelas, regresando a casa tan mojados que recibíamos merecidas reprimendas y a menudo un castigo físico, como muchos que me parece sentir aún hoy día.

Los chicos me enseñaron a manejar la honda. Pronto advertimos lo agradable que resultaba utilizar, como blancos, los vidrios de un bodegón, los aisladores de la red de alumbrado o las palomas, de propiedad de una señora que vivía en los alrededores.

Otra de las travesuras que hacíamos, era poner carne en un anzuelo, para que llegaran a comerla las gaviotas. De esta manera las capturábamos vivas, para matarlas después, despiadadamente. Era una maldad en la que, por supuesto, participaban todos los chicos del barrio que tenían en mí a una especie de ídolo, desde mi pelea a puñetazos con el gringo Douglas. Otro que probó mis puños en esos tiempos fue el negrito José, el hijo del portugués Eusebio, a quien le pegué no sé por qué motivos, seguramente sin importancia.

José, llegó a formar parte de la pandilla, poco más tarde. Chorizo fue quien lo incorporó en el círculo de nuestras amistades. Yo lo recibí con desconfianza, al principio; pero después me di cuenta de que había sido injusto con él, y terminé apreciándolo. Se portó muy bien con nosotros y hoy todavía me duele recordar la zurra que le propiné injustamente.

La vida en ese tiempo hubiera transcurrido sin alternativas de interés, a no mediar algunos hechos que no puedo olvidar, a pesar de la poca importancia que entonces pudieran haber tenido. Fue cuando el papá de Manolo le compró una bicicleta y en ella aprendimos a pedalear. Por turno nos dedicamos a subir a la loma y largarnos cuesta abajo, hasta la playa. Teníamos que doblar en la esquina y detenernos frente a mi casa.

La mayoría de los niños realizó la prueba, fácilmente, hasta que me correspondió a mí. Al deslizarme calle abajo y enfrentar la curva, temí caer y no me atreví a virar. Por lo tanto, seguí de largo hasta introducirme en el mar. Me sacaron del agua unos marineros, cuando estaba en inminente peligro de ahogarme.

En aquellos tiempos todo era para nosotros motivo de travesuras. Yo tomaba parte principal en ellas y lo hacía a insistencia de los chicos, que me habían distinguido, virtualmente, como a su capitán. No desperdiciábamos el arribo de un buque al muelle, la corta permanencia de las carreras, que llegaban a cargar lana en el bodegón, o la pasada de las ovejas para el frigorífico, sin que tuviéramos una intervención, casi siempre con malos resultados. A menudo significaba una pérdida o daño para inocentes víctimas.

Así avanzaba el año. Yo me iba formando un amplio grupo de amistades, que bien pocos beneficios me reportaban, e iba descuidando de manera lamentable mis estudios. No me ocupaba siquiera de mi aseo personal, y en casa me reprochaban continuamente, por mi inclinación a la vida holgazana. Hasta que un día el maestro le planteó a mis padres el problema de mi conducta.

Entonces sentí el peso de la severidad paterna. Recibí una docena de varillazos y órdenes estrictas de no salir de casa después de las clases. Estuve obligado a permanecer encerrado en mi pieza y, día por día, ir estudiando las tablas de multiplicar. Todavía las odio por eso. Las detesto, porque las aprendí a la fuerza, que al fin y al cabo era la única manera.

Lo que no me conformó nunca fue que mis padres comenzaran a reparar en mis amistades, y a limitarme las relaciones con esos niños que llevaban pintorescos apodos, como Coruro, Queltehue, Chorizo y Sombrero. ¡Para qué hablar de Anacleto, que era el terror de las madres! Si mi mamá hubiese sabido una vez siquiera, que este muchacho era mi confidente, que intercambiábamos libros y que íbamos juntos al cine, me habría molido el cuerpo a latigazos.

Se acercaba el período de los exámenes, cuando noté la ausencia de mi compañero de banco. Juanito Martín no concurría a clases. Supe más tarde que estaba enfermo. Era un amigo menos en el colegio y en los juegos. Quizás no regresaría durante mucho tiempo. El médico le recomendó a sus padres que lo llevaran a una zona de mejor clima para recuperar la salud, y decidieron enviarlo a Santiago. No sé por qué se fue sin despedirse, a pesar de que éramos muy amigos.

II

Mi amigo Martín

Llegó a su término el período de clases de aquel año, con toda felicidad, como lo esperaba. Las medidas adoptadas por mis padres, para obligarme, a aprender, dieron espléndidos resultados. Fui promovido al curso superior y se me permitió gozar, libremente, de los dos meses de vacaciones.

Muy rápido volvió el otro año, en que también me vi impelido a estudiar mucho, controlado por mi madre, que se preocupaba demasiado de mis tareas y me reprendía al firmar mi libreta, porque abundaban las notas bajas.

Mis compañeros de curso fueron entonces los mismos. Algunos, pero muy pocos; abandonaron el colegio.

Transcurrieron mis estudios sin mayores novedades que las de costumbre, esas que son propias de la vida escolar. Pasaron lentamente los años. Tuve muchas peripecias, anduve en aventuras con los chicos de la escuela y con los de un colegio nuevo, con los que reñíamos a menudo. Participé en memorables excursiones con mis condiscípulos, al cerro Dorotea, a la bahía Dumestre, a la caverna del Milodón, a la silla del Diablo y a otros lugares de la región.

Había llegado a los quince años de edad y comenzaba a ser más formal. Ahora tenía un concepto diferente de lo que es el deber y estudiaba por vocación, ya no por obligación. Sin embargo, pese a todas esas cualidades, de las que me alabo, se agitaba siempre en mi interior el espíritu alegre y bullicioso de ese mismo niño, que ocho años atrás se trabó a puñetazos con el gringo Douglas y que después le pegó sin motivo alguno al negrito José.

Mi comportamiento se debió tal vez a que no tuve un buen compañero, con quien compartir mis afanes de aventuras y mis tremendos deseos de hacer siempre algo nuevo. Los niños del barrio andaban a menudo perdidos, en otras actividades ajenas a mis inquietudes. La monotonía de la vida de colegial me aburría. Entonces me acordaba de Martín y lamentaba que se hubiese ido a Santiago, donde lo llevaron por motivos de salud.

Todas estas cosas me daban que pensar. Aunque no me abandonaban la inquietud y el entusiasmo propios de la edad, a veces me sentía infeliz, porque se me complicaba la vida y se me hacían odiosos los estudios. Cuando por las mañanas cargaba el bolsón con los libros, me parecía muy pesado. A menudo experimenté deseos de no estudiar más.

Esta preocupación se prolongó hasta fines del mes de Marzo. Una mañana cruzaba la plaza en dirección al colegio, muy al paso. No recuerdo qué pensamientos ocupaban mi mente; pero lo cierto es que meditaba. De pronto sentí que me llamaban por mi nombre. Me di vuelta, apresurado, encontrándome con una agradable sorpresa. Un niño del mismo porte mío, de cabellos negros y rostro alegre y sonriente, caminaba en dirección al colegio, junto con un hombre, también moreno, vestido con traje color café. Era mi amigo Martín, que iba a matricularse, en compañía de su padre.

Nuestro encuentro fue emocionante. Hacía varios años que no nos veíamos, y no sé cuál de los dos

se alegró más al abrazarnos. Era todo tan inesperado, especialmente para mí que ignoraba su regreso. Seguimos juntos el corto trecho hasta el colegio, contándonos a prisa los últimos acontecimientos, ocurridos desde nuestra separación. Martín estaba contento y me decía que, en adelante, haríamos muchas cosas unidos. Traía novedades, especialmente libros de viajes y aventuras, de gran emoción.

Así fue en realidad. A los pocos días de su llegada, comencé a sentirme otro. Tenía por fin a mi lado al compañero distinto, al amigo ideal que tanto había deseado, porque Martín era un muchacho decidido, valiente, entusiasta y amistoso.

Observé que en los pocos años de separación, en nada había cambiado. Ni siquiera se había puesto más estudioso, pero leía mucho. Numerosas novelas de aventuras había devorado en su sed de emociones. Creo que no había tomo de Salgari, de James Oliver Curwood, de Jack London ni de Femimore Cooper que no hubiese leído. En esos días estaba terminando una larga novela, en muchísimos episodios, con las aventuras de Karl May entre los pieles rojas.

Todas las tardes nos reuníamos a departir largamente. Montado en su bicicleta llegaba hasta mi barrio, donde visitaba a una prima. Un día me contó que su padre le había regalado un rifle. No era nada extraño, porque en nuestra tierra los niños comienzan a hacerse hombres a muy temprana edad, y son muy pocos los que, a los quince años, no saben emplear con destreza las armas de fuego.

El rifle de Martín era muy semejante al mío, pero Juanito lo manejaba mejor. Tenía muy buena puntería y muy pocas veces erraba un tiro. Eso lo comprobé en repetidas oportunidades, cuando salíamos a cazar juntos. Nos acompañaban a menudo en las excursiones otros muchachos amigos, como Armando, Carlos y Orozimbo.

Perico, mi hermano mayor, se mostró entusiasta partidario de nuestras aventuras. El salía también por los campos de los alrededores la ciudad, en busca de caza. Muchas veces navegaba hacia las islas cercanas en chalupas a remo o a vela, en busca de pájaros o de huevos de las aves silvestres. Una vez me regaló varias cajas de balas y una máquina fotográfica con lo que me produjo una alegría inmensa. Eran elementos importantes para nuestros planes de aventuras, con los que a menudo soñábamos.

Mis afanes cinegéticos me alejaron de nuevo del cumplimiento de mis deberes de colegial, y volví a ser amonestado. Igual cosa le ocurrió a Martín, a quien el maestro señalaba como el culpable de nuestra indolencia, diciendo que me había convertido en un vagabundo de los campos, en vez de inducirme a estudiar y a ser útil. Estas eran sus palabras, que varias veces repitió a mi madre, como una cantilena.

Mis padres comenzaron en reparar en mi amistad con Martín, reprendiéndome además por mi inclinación a la holganza. Temían que perdiera inútilmente el año escolar. En lo sucesivo tuve que salir a escondidas, pidiéndole a Martín que no fuera a buscarme a la casa. Convinimos en una señal característica para llamarnos, y cada vez la hacíamos distinta, para no despertar sospechas. Así nos arreglamos bien, mi madre se extrañó de que Martín no llegara a casa a preguntar por mí. Llegó a suponer que nos habíamos disgustado. Yo le repliqué que había decidido dedicarme de lleno al estudio, y que por este motivo, sencillamente, le había comunicado a Martín mi decisión de no participar más en sus aventuras. Ella lo creyó al pie de la letra, y me expresó sus felicitaciones por esta decisión, que consideraba muy acertada y útil.

Los paseos a escondidas resultaron más interesantes para nosotros. Cierta espíritu travieso o de

pícaros nos inducía a hacer cosas extravagantes. No teníamos ningún reparo en cazar los patos y las gallinas que merodeaban por las hijuelas de los pobladores del campo; no nos importaba dispararle un tiro a un perro ovejero vagabundo, que nos seguía en una expedición de caza, ni nos remordía la conciencia hacer diabluras tontas, que nada más que al daño conducían. Bastaba que alguno de los muchachos lo propusiera, para que todos lo aceptáramos, porque el que ponía trabas quedaba conceptuado como un cobarde.

Este falso concepto nos indujo a fumar en nuestros paseos y hasta a beber vino, como los hombres grandes. Todo lo hacíamos por distinguirnos y por parecer más varoniles. Hasta que un día Martín reparó en el error y me dijo que era tiempo de sentar juicio. Teníamos quince años de edad, bien cumplidos, y debíamos comportarnos, por lo tanto, en forma más correcta.

Yo culpaba de las malas iniciativas al Coruro, al Queltehue y al Chorizo quienes proponían siempre las picardías. Anacleto hacía mucho tiempo que no se reunía con nosotros. Su madre no lo dejaba salir de casa y lo castigaba con frecuencia, tanto que en dos oportunidades lo postró en cama. A pesar de mis simpatías por él, debo reconocer que el pobre se lo merecía.

Avanzó la estación y fue llegando el invierno, con sus días helados y sus brumas. Era Junio ya cuando vimos caer los primeros copos de nieve. Martín gozaba, entusiasmado, porque debido a su ausencia, hacía varios años que no había visto nevar. La nevada fue una fiesta para todos los niños. Hicimos monos de nieve, grandes bolas, que al hacerlas rodar por las pendientes, iban aumentando de volumen, como un alud. Cavamos trincheras, corrimos en trineos y nos deslizamos por las cuestas. En todas estas aventuras, nunca me separé de Martín. Nos apreciábamos y nos comprendíamos cada vez más.

Un día, después de la nevada, comenzó a escarchar muy fuerte y se congeló la laguna, que quedaba a una distancia de tres cuadras de mi casa. Calzamos los patines y fuimos a deslizarnos por el hielo. Martín no podía aventajarme, porque yo patinaba mucho mejor él, y por eso todos los niños me pedían que les ayudara a dar los primeros pasos sobre la escarcha. Una tarde nos sorprendió la llegada a la laguna de una niña muy bonita. Calzaba botas altas y usaba pollera escocesa, un jersey con muchas estrellas, como la bandera norteamericana un gorrito de lana, tejido. Tenía cabellos rubios, ondulados, que le caían sobre los hombros, y sus ojos eran profundamente azules. Los niños me dijeron que se llamaba Violeta.

Violeta no sabía patinar y me pidieron que le enseñase. Yo le coloqué los patines y la llevé de la mano por el hielo. Pero al soltarla perdió el equilibrio. Me dio mucha pena cuando la vi caer y comenzó a llorar. Las lágrimas brotaban de sus lindos ojitos, como orvallos enormes, deslizándose por sus mejillas encendidas. La levanté y le sacudí la escarchilla que se había pegado a su falda. Luego, con mi pañuelo, le limpié el rostro, muy compadecido. Ella me lo agradeció, trocando su llanto en una amable sonrisa. Me dio una mirada que me hizo estremecer. No acerté a comprender lo que me sucedía; pero era algo muy agradable que invadió todo mi ser, una sensación nueva, que he recordado toda la vida.

Luego llamé a Martín para que me ayudara y ambos llevamos a Violeta de la mano, por la laguna helada. Al atardecer se sostenía sola en los patines y lo celebraba contenta, agradeciéndonos.

Cuando al final nos despedimos, cansados pero alegres, mientras se quitaba los patines, me dijo que volvería al día siguiente, y yo le prometí que la esperaría. Después de mirarme, nuevamente, en los ojos,

salió corriendo hacia su casa y un poco lejos se volvió para saludarnos, agitando la manita. Yo la quedé contemplando, ruborizado, pero contento.

Martín me observó con una mueca de disgusto. Me dijo que podía esperar cualquier cosa de mí, menos que me enamorara.

Hasta ese momento yo no había pensado siquiera en eso. Le repliqué que podía estar tranquilo, que estaba equivocado. A él no le atraían las muchachas, porque aún no había encontrado a la que quería.

Desde ese día algo extraño palpitó en mi corazón. Tuve un sentimiento nuevo, que llegué a comprender más tarde: yo amaba a Violeta.

III

El Moro Rodríguez

Perico, mi hermano mayor, era muy aficionado a patinar en el hielo; pero las ocupaciones no le permitían hacerlo, sino que sólo en los días domingos. A veces, durante la semana, solía salir de noche con sus amigos y patinaban en la laguna helada, alumbrada con luz eléctrica.

En una oportunidad estuvo largas horas ausente y regresó tarde a casa. Lo esperábamos, aún levantados, encendida la cocina, sobre la cual manteníamos una vahante cafetera. Sabíamos que después de patinar varias horas, en la noche helada, le estaría muy bien el ambiente templado del hogar y una taza de café caliente.

Perico no llegó solo aquella noche. Venía con él un niño de catorce o quince años, edad cercana a la nuestra. Era Alberto Rodríguez, el «Moro», como lo llamaban en el pueblo, donde había adquirido cierta fama de vagabundo y de pícaro. Detrás de ellos entró en la casa un perro chico y lanudo, compañero del muchacho.

Perico había encontrado al Moro, según dijo, abandonado y solo. El niño le inventó una historia muy patética que lo habían expulsado de la casa, que no tenía dónde pasar la noche y que, por si alguien lo ayudaba, había llegado hasta la laguna helada, donde ellos patinaban. Conmovidos y dispuestos a animarlo, le consiguieron un par de patines, enseñándole a deslizarse por el hielo. Después lo llevaron a la casa, con el propósito de buscarle un sitio donde dormir.

Al calor del fuego, el Moro nos repitió la conmovedora historia, que estuvo a punto de arrancarnos las lágrimas. Contó todas las injusticias que en su casa habían cometido con él; agregó que lo golpeaban sin piedad, arrojándolo sin consideración alguna a la calle, en la helada noche de invierno.

Mi padre, muy compadecido, dispuso que le hiciéramos una cama en la cocina, diciéndole que podía quedarse con nosotros, hasta que encontrara donde vivir. Más tarde él se encargaría de hablar con su papá, para exponerle lo injusto que era echar de la casa, así, a un niño de esos años.

El caso es que el Moro Rodríguez se quedó con nosotros y no solo porque tuvimos que admitir también a su pequeño perro, un quiltro bonito, de linda carita, que ¡cosa curiosa! no tenía nombre. El Moro iba a ayudarnos en los quehaceres domésticos y, como era de suponer, participaría con nosotros en los juegos. Le propuse a Martín que lo admitiéramos en la pandilla, porque podría ser un buen compañero, ya que sabía muchas cosas. Lo que más admirábamos en él era que fumaba como un hombre grande.

Martín no estaba muy de acuerdo con su ingreso y me lo explicó, diciendo que él conocía perfectamente al Moro, que era un pícaro, mentiroso y atrevido. Agregó que tal vez no contaría con las simpatías de los demás muchachos. No admitía la historia que le conté: que lo habían expulsado de la casa, asegurándome que en esos días su padre, el viejo Rodríguez, no estaba en el pueblo, porque era capitán de un remolcador y andaba navegando. Hacía cerca de una semana que había partido del puerto. El Moro quedaba en casa con una tía anciana, con la que a menudo reñía y buscaba motivos para fugarse, durante las largas ausencias de su padre, con el especial interés de andar libre y no ir al colegio.

Yo creí lo que me contaba Martín, a pesar de mis profundas simpatías por el Moro; pero no quise decirle nada de eso a mi padre. Al contrario, lo callé, con el interés de que el Moro continuara viviendo en nuestra casa. Sin embargo, se lo conté a Perico, quien en vez de sentirse molesto, rió de buena gana. Le hacían gracia los embustes y la farsa que nos había representado el Moro. Reconociendo que era un chiquillo demasiado despierto, inteligente y hábil, lamentó que tuviera esa inclinación acentuada al vagabundaje, y que no se decidiera a estudiar para ser hombre útil.

Como su padre era marino, el mar era la constante preocupación del Moro Rodríguez. No pensaba más que en andar en lanchas, en goletas y en barcos. Decía que cuando fuera mayor, navegaría también. Perico le aconsejaba que estudiara, para llegar a ser oficial de marina; pero él le contestaba con mucho desplante que lo tenía que pensar.

Así vivió alrededor de una semana en mi casa. Pronto conquistó las simpatías de mis padres, porque se mostraba atento y dispuesto a cualquier mandado. Un día mi madre le insinuó ir al colegio. El Moro buscó en seguida una disculpa, respondiéndole que por el momento no estudiaría porque se iba a emplear.

Era invierno. Había descendido la temperatura y la nieve caía, lenta y copiosa. En casa, a través de los cristales de las ventanas, veíamos con delicia cómo caían los copos, amontonándose sobre los cercados y los techos. Era lo que deseábamos, mucha nieve, para ir a deslizarnos por las cuestas en trineo.

Una tarde salimos a jugar con Martín, Kennie y Murdo, dos chiquillos del colegio, y pasamos a buscar a Anacleto, que vivía en el vecindario. El Moro iba con nosotros, tirando la cuerda del trineo. A la zaga corríamos todos los demás. En la esquina divisé a una muchachita, envuelta en un grueso abrigo de paño, con un gorrito de lana era Violeta. Me gustaban sus ojos azules, sus mejillas rosadas y su rostro entero, que irradiaba simpatía. Cada vez que la veía, sentía una extraña emoción, y el corazón me palpitaba más acelerado. No podía hablarle con la misma confianza que a otras niñas, como si me inspirase temor; pero no era así. Era un sentimiento extraño, que recién comenzaba a comprender: yo la quería.

Hablamos de muchas cosas, de los chicos, de la nieve y de la laguna helada. Ella me pidió que siguiese enseñándole a patinar, y quedamos de acuerdo en reunirnos esa misma tarde. Insistió en que no la dejara sola, que no le enseñara a patinar a nadie más que a ella. Se lo prometí y nos despedimos. Cuando se iba, me dijo:

—¡Adiós!

Yo lo interpreté como una manifestación de cariño, porque entre los niños del barrio y en mi tiempo, adiós era un sinónimo de te quiero. Y emocionado le respondí:

—¡Adiós, Violetita!...

Y salí corriendo, en dirección a la loma, donde me estaban aguardando mis compañeros. Yo no quería que Martín advirtiera mi cariño por Violeta, porque no le iba a agradar, suponiendo que por ella podría yo abandonar algún día a la pandilla.

Cuando llegué donde jugaban, advertí con sorpresa que no estaba el Moro. Martín me informó lo que había ocurrido. Dijo que al llegar a la subida, lo aguardaba el viejo Rodríguez, su padre, quien lo tomó de las orejas y lo llevó a la casa, dándole de mojicones. El Moro se había arrancado hacía más de diez días, abandonando a una tía enferma, que no podía valerse por sí misma. Cuando el capitán llegó de su viaje, encontró a la mujer en cama, sin tener quien pudiera darle siquiera un vaso de agua. Por lo visto el muchacho no era más que un pícaro y toda la historia con que nos conmovió, no dejaba de ser una magnífica farsa.

Cuando mi padre se enteró de lo ocurrido, tuvo un momento de indignación, culpando a Perico de haberlo llevado a la casa, pues suponía que estaba enterado de que el Moro había abandonado el hogar y a la tía enferma.

Transcurrió mucho tiempo antes de que volviéramos a verlo. El mismo Moro lo evitaba, porque estaba avergonzado de su conducta. Esto indicaba que en el fondo, no era decididamente malo. Si conocía la vergüenza, había posibilidades de redimirlo. Y yo me lo propuse al conversar acerca de este asunto con Juan Martín.

Martín estuvo de acuerdo en que el Moro serviría en nuestra pandilla, porque tenía muchas habilidades. Sabía ensillar un caballo, manejar un bote, disparaba admirablemente con rifle y escopeta, y conocía muchos juegos de naipes, que causaban la admiración de los muchachos. Era necesario, evidentemente, disuadirlo en sus propósitos de realizar picardías y proponerle divertirse dentro de la corrección. Ya teníamos quince años y era tiempo de abandonar los hábitos traviesos. Debíamos de ocuparnos de cosas útiles y aprender un poco más. Nos parecía que si el Moro se dedicaba al estudio, llegaría lejos.

Una mañana lo divisamos en el muelle. Estaba pescando con una lienza. Sostenía el hilo entre los dedos y en la boca apretaba un cigarrillo. Nos acercamos a hablarle. Al principio pareció turbarse, pero luego, sereno, inventó una serie de disculpas e intentó convencernos, diciendo:

—Son cosas de mi papá. El viejo se arrepintió después de que me echó de la casa. Les juro que me llevó a la fuerza. ¡Pobre viejo! Yo decidí volver porque mi tía está enferma y necesita quien la cuide. Felizmente ahora se halla un poco mejor. Como se encontraba tranquila, hacía un buen rato, salí a tomar aire, y aquí me tienen... pero (y juró como marinero) es inútil. En este tiempo no pican, ni siquiera los pescados de piedra.

Martín y yo nos sentamos a su lado. Le hablamos de las ventajas que le significaban cambiar, dejar su afán de picardías y volver al colegio. Después de los estudios, le dijimos, tendría tiempo sobrado para divertirse y compartir las diversiones con los chicos del barrio.

El Moro nos miró sorprendido, con aires de importancia y advertimos un tono muy burlón en su voz, cuando nos dijo:

—¿Qué negocios tienen ustedes con el colegio? ¿Les pagan comisión para buscar clientes?.

Comenzó a enrollar lentamente la lienza y así, mojada, la guardó en el bolsillo. Encendió otro cigarrillo y nos miró con frescura.

—Me voy —dijo, y se dirigió a tierra, dándonos la espalda. Se iba por el muelle, lanzando grandes volutas de humo, sin ningún reparo, como un hombre grande.

Nosotros lo quedamos observando, llenos de perplejidad. Detrás de él seguía su perro, el quiltro sin nombre, moviendo la cola, lanuda y sucia.

IV

Violeta

Transcurrieron muchos días sin que viéramos al Moro. Ya no llegaba por el barrio, por lo que barruntamos que andaba tras una nueva aventura. Más tarde tuvimos la evidencia de que no eran infundadas nuestras sospechas.

El colegio nos ocupaba las mejores horas del día. En las tardes nos juntábamos, Martín yo, en el almacén de su padre, donde muchas veces lo vi ayudando a atender a los clientes. Lo obligaban a estar en el negocio, con el objeto de que se impusiera de las actividades comerciales, que tendría que administrar más tarde.

De esta manera, ya no disponíamos de tiempo para reunimos, salvo escasos momentos, puesto que Martín no podía salir conmigo después de las horas de clases. Pero nos quedaban libres los días Domingo, que eran nuestros. Por el momento no podíamos aprovecharlos bien, porque era invierno y el mal tiempo malograba nuestros planes de aventuras. No obstante nos alentaba la esperanza de que, llegado el verano, íbamos a poder renovar nuestras andanzas, favorecidos por mejores días, a pleno aire libre.

Yo iba pensando todo esto, cerca de la esquina de mi casa, cuando sentí el golpe inesperado de una bola de nieve, que me dio en pleno rostro. Protesté indignado buscando con la mirada al autor de esta broma, para descargar sobre él mi ira y mis puños. Pero no pude desquitarme, puesto que quien así me trataba, era nada menos que Violeta, la muchachita de ojos azules, a la que había enseñado a patinar en el hielo.

Ella me miró sonriendo, mientras golpeaba sus manitas, para sacudir la nieve, adherida a los guantes de lana. Al observar mi expresión de enojo, rió a carcajadas. Yo también reí, aún un poco aturdido por el golpe, y me acerqué con timidez, para hablarle.

Con un mohín que indicaba cuán arrepentida se hallaba, me preguntó si me había enfadado, alegando que no había tenido ningún deseo, ni ánimo de causarme daño; que había sido sólo una broma. ¡Pero si yo la comprendía! Así se lo dije, y agregué que con ella no me enojaría nunca, aunque sus bromas me causaran daño.

Me miró sonriendo y luego me preguntó, interesada:

—¿Por qué no te enojarías conmigo? ¡A ver!

Me di cuenta de que sus palabras encerraban un propósito; que quería saber algo más, que yo no me atrevía a decirle. Vacilé y finalmente repuse:

—¿Por qué no me enojaría? Por nada, Violeta...

Ella advirtió mis temores y me dio valor:

—Yo sé que tú querías decirme otra cosa. No seas tonto. Mira que no me voy a enojar.

—Si es así, voy a decírtelo, aunque no te guste. Es que... te quiero Violeta. Por eso.

Una señora pasó a nuestro lado, llevando a un niño de la mano. Nos miró sorprendida, durante unos instantes, que me parecieron siglos. No sé si se enteró de lo que hablábamos. Lo cierto es que tomé a Violeta del brazo y le dije:

—Vamos andando. Ha comenzado a nevar.

Los gruesos copos de nieve descendían, como algodones, blanqueando nuestras ropas. La brisa los llevaba sobre los árboles y los tejados. De los aleros de las casas colgaban carámbanos de escarcha, que parecían caramelos. Ella y yo nos mirábamos, riendo de gozo, sin atinar a decir algo.

Momentos después nos detuvimos ante el portón de su casa. Allí nos despedimos, tomándonos las manos. Violeta prometió volver a verme al día siguiente. Y yo salí corriendo hacia la calle, feliz, porque había dado un paso muy importante y muy difícil, que me preocupaba desde hacía mucho tiempo.

Apenas dormí aquella noche, recordando lo ocurrido. Pensaba que tenía una novia; que algún día tendría que casarme. Debía, pues, preocuparme del futuro, de las responsabilidades de un jefe de hogar. No sé cuánto tiempo me duraron esas inquietudes, pero creo que fue durante algunas semanas.

Mi cariño por Violeta fue decisivo, en la formación de mi carácter. Tal vez sin ella, habría demorado mucho tiempo en tomarme la molestia de considerar seriamente la vida; en pensar que no todo es de color de rosas, y darme cuenta de que la niñez no se iba a prolongar hasta que se me antojara.

Yo me reunía todos los días con ella, acompañándola hasta la escuela. Nuestra amistad crecía y nuestros encuentros eran más seguidos. Ya circulaba entre los niños el rumor de que yo «andaba» con la Rucia. Y así lo supo Martín.

Estábamos en primavera y los días se prolongaban. Las tardes avanzaban más serenas y la calma invitaba a pasear por la playa. Yo iba a menudo al malecón a esperar a Violeta, y paseábamos por el muelle, hablando de nuestros amores, de nuestras cosas y de lo que pensábamos hacer en el futuro.

Una tarde me encontró Martín sentado sobre una bita del muelle, esperándola a ella. Gritó, de cerca, saludándome. Como hacía varios días que no nos veíamos, me preguntó:

—¿Qué te habías hecho que no te encontraba? ¿Dónde pasas las tardes, que no vas a verme?

—He estado ocupado le respondí.

—Sí —me contestó—, ya me lo dijeron. Ahora te olvidarás de los amigos, para dedicarte a las polleras. ¡Es una lástima, hombre!

Me disgustó su observación; pero me di cuenta de que el motivo de su celo—, no era más que el aprecio enorme y sincero que me profesaba.

—Ven para acá, Martín —le dije, invitándolo a sentarse a mi lado, en la otra bita, para que quedásemos

ubicados, frente a frente. Y hablamos largamente. Me extrañó mi soltura, porque nunca me había expresado así. Era un indicio de que comenzaba a ser hombre.

—Martín, tú sabes que soy tu amigo ¿verdad? —le pregunté—. Por eso, no vas a suponer que sea capaz de una deslealtad. Al contrario, estimo que me consideras bueno y fiel y que por eso nos une una gran amistad. Pero debes darte cuenta de que tengo un poquito más de quince años, y que vamos dejando de ser niños. Yo ya lo advierto, porque me he enamorado.

—¿Te enamoraste? ¡Qué divertido, pues, hombre!

—Voy a contarte cómo sucedieron las cosas, advirtiéndote de antemano que Violeta es una chiquilla buena. Ella me ha querido siempre, preocupada en mi bien. Hay que comprender que es tiempo que nos pongamos juiciosos y pensemos en el porvenir. Debemos estudiar. Yo he meditado mucho y he llegado a la conclusión de que debo ir pensando en seguir una carrera. Violeta va a esperarme y nos casaremos algún día. ¿Puede extrañarte que la ame?

—Martín me escuchaba tranquilo. Yo advertí que esperaba que yo terminara, para hablar después:

—Yo por mi parte tengo que —decirte algo —me dijo—. Tú no me contabas que querías a Violeta, porque temías que me pareciera mal. Es que yo era así. No me gustaban las chicas; pero se debía —a que era muy cabro. Ahora soy más grande y me voy dando cuenta de lo que es la vida. También tengo una chiquilla, aunque tú no lo sabes. Es la Elsa. ¿La conoces? Una chica, amiga de mi hermana.

—Sí, Martín, la conozco —le repliqué alegremente, porque una vez más estábamos de acuerdo en nuestros gustos y apreciaciones. Yo conocía a la Elsa, una muchacha morena y colorada, a quien veía a menudo con la hermana de Juanito.

Él agregó con entusiasmo:

—Por eso estoy empeñado en seguir estudiando. Quiero salir bien en los exámenes, porque pienso también en seguir una carrera. Me gustaría ser aviador. Me encantan los aviones, especialmente cuando siento el zumbido de sus hélices y los veo volar... así... así...

Era la hora del crepúsculo. El sol, rojo y ovalado por la refracción, fue bajando detrás de las montañas, dejando un brillo sanguinoso en las nubes. Era algo característico de mi tierra y no nos llamaba la atención, pues lo habíamos visto muchas veces.

Violeta no llegó a verme ese día, no recuerdo por qué causa. El hecho es que Martín y yo permanecimos sentados sobre las bitas del muelle, conversando, hasta que nuestras figuras se convirtieron en siluetas, en el oscurecer.

Momentos después advertimos que alguien venía hacia nosotros, caminando al paso, por los tablones del muelle. Ese alguien fumaba y la brasa del cigarrillo se avivaba a momentos. Cuando estuvo cerca nos dimos cuenta de que era el Moro. Nos andaba buscando, quizás para qué aventura.

Terminada nuestra plática, la primera en serio en nuestra vida, el Moro volvía a recordarnos la pandilla de muchachos, las excursiones por los bosques y las islas, las cacerías por los cerros y las

picardías que hacíamos en el barrio.

Regresamos con él a la playa. Mientras caminábamos por el muelle, yo iba recordando mi conversación con Martín. Pensaba regocijado en que él estaba de acuerdo en que yo amara a Violeta.

V

El tesoro de Hauff

El Moro había llegado a interrumpir nuestro coloquio en el muelle, cuando Martín y yo hablábamos por primera vez de nuestros amores pueriles, pensando en responsabilidades futuras y hacíamos planes para seguir una carrera.

—¿Qué hacían ustedes hasta tan tarde, aquí? —nos preguntó Alberto Rodríguez, mientras caminábamos hacia tierra—. ¿Qué conversaban?

—¿Sabes? —le respondí—, hablábamos de muchas cosas de la vida. Ya es tiempo de pensar qué haremos cuando grandes. Martín me contaba que quiere ser aviador, Yo aún no lo he decidido, pero me gustaría escribir..

—Bueno ¿y qué —preguntó el Moro?. ¿Discutían por eso?

—No, hombre, al contrario, conversábamos tan animadamente, que nos llegaste a interrumpir, sin que nos diéramos cuenta de lo avanzado de la hora.

—Ya está oscuro.

—No importa. Cuando se habla de cosas agradables el tiempo no interesa. ¿Qué más conversaban?

—Nos referíamos a los estudios. Porque tú has de saber que para ser aviador o para ser marino es necesario aprender mucho.

—Yo voy a ser marino —declaró resuelto el Moro—. Pienso embarcarme apenas se me presente la oportunidad.

—Pero debes estudiar —le advirtió Martín—. Si quieres ser oficial, piloto, por ejemplo, tienes que saber matemáticas, astronomía y otras cosas. Yo lo sé por mi primo, que anda de piloto en el «Gaviota».

El Moro quedó pensativo. Aspiró el humo del cigarrillo y tirando lejos la colilla, protestó:

—Ahí está lo malo. A mí me gusta el mar, sé hacer nudos, entiendo de maniobras, pero no sirvo para estudiar. Y según dicen, en los buques los marineros no tienen nada que ver con el timón. Gobiernan los pilotos y los timoneles están para cumplir órdenes, no más. Pero, voy a empeñarme a ver si aprendo algo. Creo que es cuestión de dedicarse, y nada más.

—Así debe ser —le respondí—. Pero ¿qué andas haciendo aquí, a estas horas?

—Los buscaba a ustedes. Se trata de un negocio.

—A ver, a ver. Cuéntanos.

—Me refiero a Hauff, el viejo judío, que tiene el almacén en la esquina. Está muy enfermo y, según dicen, va a morir.

—¿Y qué?

—Que guarda la plata debajo de la cama.

—Expíciate, hombre. ¿Nos estás induciendo a robar?

—¡Oh, no sean tontos! No digan robar, que es muy feo. Se trata de otra cosa. Escuchen.

—A ver, habla.

—Se trata —continuó el Moro de entrar en la casa de Hauff y ver dónde esconde efectivamente la plata, si bajo la cama o en otro sitio. Él no tiene parientes y, seguramente, cuando muera, alguien hallará sus pesos. El viejo está mal y no existe posibilidad de que se salve. Si nosotros sabemos dónde deja el dinero apenas el viejo estire las patas nos apoderamos de su herencia. ¿Qué les parece si nos arreglamos para entrar en su casa?

—¿Con qué objeto, hombre?

—A espiarlo en la noche, cuando cuenta sus monedas. Los vecinos dicen que todos los días sienten sonar las chauchas y los pesos.

A Martín y a mí nos pareció tan injusta como, absurda, la aventura que nos proponía. Era algo imposible y la rechazamos de plano, considerando, desde luego que, esa misma tarde, habíamos acordado ser muchachos formales.

El Moro reaccionó ofendido; nos trató de cobardes y se alejó murmurando. Juraba no volver a tomarnos en cuenta en lo sucesivo, para ninguna de sus aventuras, porque éramos tímidos y parecíamos mujeres.

Martín se enojó e intentó golpearlo, pero yo lo detuve, porque no valía la pena. Al fin y al cabo, si nos habíamos propuesto reformarlo, debíamos intentar primero de conducirlo por buen camino, mediante otros procedimientos.

Así fue que lo dejamos ir, recomendándole que no tratara de inmiscuirse en esa clase de negocios, porque lo denunciaríamos. Riéndose nos aseguró que no éramos capaces de hacerlo. Pero, advirtió que no lo intentaría, porque su único propósito había sido brindarnos la oportunidad de una aventura, que nosotros habíamos rechazado.

Durante varios días no volvimos a verlo. Había transcurrido más de una semana, desde la noche en que el Moro nos había propuesto invadir la casa de Hauff, en busca del tesoro del viejo, comerciante. Y en todo ese tiempo no habíamos sabido nada de nuestro compañero. Nos extrañaba en extremo su ausencia del barrio, donde no se le veía aparecer, por ninguna parte.

Me encontraba pescando, en el muelle cuando llegaron corriendo Martín y el gordo Ruiz. Juanito

traía un periódico y me lo mostró desde lejos. Al llegar a mi lado, indicó con el dedo la información, exclamando alarmado:

—Mira ¿qué me dices tú de esto? ¿Te das cuenta que significa?

Leí no sin extrañeza, una crónica a dos columnas, cuyo título decía: *Ladrones penetraron anoche en casa de un comerciante local*. Agregaba el subtítulo: El señor Nathan Hauff, enfermo en cama, logró ahuyentar a los asaltantes.

—¡El Moro! — exclamé— ¿Será posible?

—¿Y quién habrá sido, sino él?

Tanto el gordo Ruíz como Martín estaban de acuerdo, al suponer que el Moro era el autor del asalto, a que se refería el periódico. Sin duda alguna, decían, indujo a otros muchachos, y prepararon la invasión de la casa de Hauff, en la seguridad de que el viejo estaba solo y enfermo en cama y en consecuencia, no podría defenderse. Esto no podría admitirse en un amigo nuestro, y decidimos salir en su busca, para pedirle cuenta de su conducta.

Lo encontramos junto al malecón, sentado, mirando hacia el mar, con las palmas de las manos sobre el mentón, entregado, al parecer, a profundas reflexiones. Lo interrumpimos.

Al vernos se sorprendió y exclamó con angustia:

—¿Qué pasa? ¿Qué quieren?

Su temor lo delataba y nos animó a ser más severos con él. Martín le mostró el periódico.

—¿Tú hiciste eso, Moro? —le dijo— ¿No sabías que era malo y cobarde lo que pretendías?

Permaneció un momento indeciso, pero luego tuvo una rápida reacción y, mirándonos con atrevimiento, preguntó, desafiante e insolente:

—¿Quiénes son ustedes, para meterse en mis cosas? ¿Les importa algo, aunque haya sido yo?.

—Claro que nos importa —le interrumpió Martín—, porque eres nuestro amigo. Siempre hemos andado contigo, y si te descubren, puedes metemos, en un lío. La gente se figurará que te acompañamos. Además, te habíamos aconsejado que no hicieras eso, porque era algo muy feo. Ahora podemos denunciarte y hacer que te encierren en la cárcel.

Las palabras de Martín causaron el efecto que anhelábamos. El Moro vaciló, temeroso, notándose que en su interior luchaban con insistencia los sentimientos. Trataba de permanecer sereno y evadir nuestros argumentos, y al mismo tiempo sentía deseos de llorar, por temor y por vergüenza.

Su angustiada situación nos inspiró lástima. Quise ayudarlo y, sentándome a su lado, lo que también hizo Martín, le dije:

—Mira, Moro, es tiempo que entres en razón y que hables con nosotros antes de intentar una picardía. Ya eres muy grandecito para andar en esas tonterías, que pueden resultarte caras. Cuéntanos cómo fue. ¡A ver!

El Moro sonrió un poco animado y en seguida, lamentando su mala cabeza, nos contó con detalles su audaz aventura.

Noches después de su entrevista con nosotros, logró introducirse en la casa de Nathan Hauff, mientras el viejo se levantaba a preparar su comida. Había entrado por la ventana, llegando justamente al dormitorio. Al no hallar donde esconderse, se arrastró debajo de la cama.

Cuando Hauff volvió a acostarse, sintió el jadeo de su respiración oprimida. Creyendo, tal vez, que se trataba de un gato o de un perro, que habría entrado subrepticamente a la casa tomó la vela para alumbrar debajo del catre. Pero antes de ser sorprendido, el Moro sopló muy fuerte y apagó la luz. Como es de suponer, el anciano quedó mudo de espanto y tras un momento de vacilación, comenzó a gritar, pidiendo auxilio.

El Moro aprovechó la oscuridad y el pánico del almacenero, para salir rápidamente de su escondite. Abrió la ventana y huyó a todo correr, antes de que lo sorprendieran. Eso fue todo lo ocurrido, confesó, y lo que dio motivo a la publicación de la crónica en el periódico, que en forma alarmante destacaba el asalto de que fue víctima el pacífico comerciante.

Nosotros reíamos de buena gana. En verdad, el Moro tenía ya su merecido castigo. El susto le serviría de escarmiento. Le prometimos no revelar lo que nos había confesado y él, por su parte, nos aseguró que seguiría siendo nuestro amigo y portándose bien.

Nos agregó en confidencia, que también, como nosotros, iba dándose cuenta de que dejaba de ser un niño y que a veces pensaba en el futuro. Él, más que nadie, tenía que hacerlo, porque había perdido a su madre y sus únicos parientes eran su padre y su tía, bastante agobiada por los años. En caso de perderlos, quedaría solo en el mundo, sin amparo y sin recursos.

Insistió en sus promesas de enmendarse; pero nosotros dudamos de que las cumpliría.

VI

El circo

Un día advertimos que comenzaban a caer las hojas de los árboles. El viento las amontonaba en los rincones, secas y amarillas. Llegaba el otoño, que aparece prematuramente en nuestra tierra. En esa época el sol muestra su cara pálida, mucho más tarde en las mañanas. Y tras los cerros de la cordillera, que lo acogen como blando lecho, lo vemos acostarse más temprano.

Las vacaciones llegaban a su término y nos preparábamos para el nuevo año escolar. El Moro conversaba a menudo con nosotros y aseguraba que volvería al colegio. Al matricularse, iba a dar una gran satisfacción a su padre, tomando al mismo tiempo una determinación que habría de favorecerlo en el futuro.

Así nos decía, aquella tarde, cuando de bruces en el pasto, conversábamos en el potrero. Martín estaba a mi lado, tendido, con la cara al cielo. Contemplaba una gaviota, blanca y liviana, que volaba sobre nosotros, a baja altura. El Moro dejaba de hablar y trituraba una hebra de pasto entre los dientes cortos y delgados. A momentos, como era su costumbre, se mordía las uñas hasta las raíces. De pronto nos dijo:

—Yo creo que sería bueno organizar un paseo en bote, en uno de estos días. ¿Qué les parece?

—¿En bote? —preguntó Martí. ¿No será peligroso?

—¡Bah, qué va a ser! —contestó nuestro compañero, con aires de importancia, como si fuera un viejo lobo de mar, curtido por los vientos y las tormentas oceánicas.

—Es lindo un paseo en bote —le dije—. Es cierto que hay que tener cuidado, pero no es necesario ir solos. Podemos largarnos para la península, que queda cerca. Total, se trata de remar apenas media hora.

«Yo navegué varias veces por los canales, en la goleta del capitán Frúgar y en el remolcador «Federico». El año pasado estuve en el canal San Juan.

—¿No ves? —observó contento el Moro—. Tú también eres entendido en estas cosas y podemos hacer una buena expedición. Prepararemos el viaje para uno de los próximos días. Yo puedo conseguir un bote, con los marineros que son amigos de mi papá. El tuerto Amadeo, por ejemplo.

Nuestra conversación fue interrumpida súbitamente. Dos camiones, completamente cargados, acababan de aparecer en el potrero. Llevaban pintados en las puertas, con grandes signos, un letrero que decía: CIRCO APOLO.

Nos incorporamos, sorprendidos.

—¡Un circo! —exclamó Martín—. ¿Qué viene a hacer a Natales?

—Seguramente a dar funciones —repliqué muy contento.

—Y se va a instalar por aquí —observó el Moro, con entusiasmo. Vamos a verlos: Apresúrense.

Corrimos hasta llegar al lugar, donde se detuvieron los vehículos. Los camiones quedaron estacionados, próximos al sitio donde iban a levantar la carpa.

En seguida bajaron algunos hombres. Uno era un anciano de cabellos grises, fuerte y atlético. Más tarde supimos que era el empresario. Lo habíamos sospechado al sentirlo gritar, todo el tiempo, dando órdenes a unos muchachos altos y fornidos, que eran sus hijos. Había varios hombres más Y también algunas mujeres y niños. Era una gran familia de artistas, que componía el elenco del circo «Apolo».

Nuestra alegría fue más grande cuándo los vimos descargar sus cosas. Entonces descubrimos una jaula, en la que había encerrado un gorila. Era un animal enorme, que rugía y nos amenazaba. Nosotros gozábamos con el espectáculo, deseando que los artistas dieran su primera función, lo más pronto posible. Por eso les ayudamos a extender las lonas, a desenrollar las cuerdas, a levantar los mástiles para izar la carpa y a efectuar otros trabajos.

Pronto nos hicimos amigos de los niños. Uno era rubio y risueño. El otro gordito y moreno. El tercero era un niño raro. No sabíamos qué color tenían sus cabellos, porque usaba una gorra grande, que no se sacaba nunca. Nos hacía gracia, porque usaba ropas amplias y sus maneras y sus gestos se parecían a los de un payaso. Decía que se llamaba Juanito, igual que Martín, y su hermano era Carlos.

Fuimos muy amigos de Juanito y Carlos, que pronto se vincularon a la pandilla. Nos aseguraban que su abuelito, el empresario, había dicho que nos dejaría entrar gratuitamente a las funciones. Sus padres eran acróbatas y efectuaban arriesgadas pruebas en el trapecio. Su tío era el dueño del gorila que sabía bailar, fumar y andar en bicicleta.

Una noche debutó la compañía. Fue un espectáculo que nos tuvo encantados durante largo tiempo, y que aún recuerdo, porque a pesar de haber visto muchos circos, indudablemente mejores, yo era niño en ese tiempo.

Entre las figuras del elenco había una joven, a quien hipnotizaban, para levantarla en el aire, rígida, dura, como una muerta. Otra muchacha delgada, que se llamaba Nancy, bailaba en la cuerda, al compás de una marcha muy trillada, que ejecutaba una banda de cuatro músicos.

Me parece aún estar viendo a todos estos artistas, en su espectáculo que nos resultó maravilloso: el mono corriendo dentro del redondel, haciendo grotescas figuras, montado en una bicicleta, mientras el tony daba saltos mortales; luego tendido de espaldas hacía rodar un cilindro con los pies, y parado de cabeza tocaba la guitarra. Todo esto lo evoco con cariño, porque nos gustaba el circo.

Quien parecía alegrarse más con esta fiesta era el Moro, que olvidándose de su afición al mar, hablaba de hacerse artista. Él servía a los acróbatas, en todos los trabajos en que solicitaban la cooperación de uno del público.

Noche a noche asistimos a las funciones, invitados por nuestros amigos, los niños del circo. En

recompensa, nos prestábamos gustosos para distribuir programas y ayudar en lo que se ofreciera. Los nietos del empresario estaban todas las noches junto a nosotros. En algunas ocasiones les correspondía hacer también su numerito. En el colegio, nos enorgullecíamos, porque éramos amigos de los artistas, y salíamos a pasear con ellos, por las calles de la ciudad.

Un día los carteles anunciaron la última función. La compañía había terminado su corta temporada y se despedía de Natales, con un programa extraordinario. Los artistas estaban satisfechos, porque al final la carpa se hizo estrecha y porque nunca les faltó el público. Al marcharse nos dijeron que volverían dentro de dos años; pero no los hemos vuelto a ver en la vida. Tal vez haya sido mejor. No los habríamos acogido con el mismo afecto, con que suelen hacerlo los niños.

El circo dejó en nosotros recuerdos tan gratos, que después hubieran perdido su encanto. Hoy día, seguramente, ya no nos sentiríamos orgullosos de ser ayudantes de los acróbatas, ni tan satisfechos de andar por las calles siguiendo al payaso, que tocaba la corneta y anunciaba la función. Me parece que ni el Moro ni yo volveríamos a emocionarnos hasta las lágrimas, al ver bajar la carpa y los mástiles, para meterlo todo de nuevo en el camión, que partiría al día siguiente.

Esa vez lloramos, pero para adentro. Nos mantuvimos serenos cuando los artistas se despidieron de nosotros. Quedamos conformes al recibir de regalo una careta, un par de volantes y una matraca que hacía sonar el tony. Los camiones emprendieron la marcha con la gente y sus bultos. Miré al Moro, para observar su emoción. Estaba, al parecer, tranquilo; pero sus ojos los cubría un cendal de lágrimas. Tenía motivos para llorar.

Días después, en un bodegón que había al lado de la casa, instalamos un trapecio, un par de argollas y un alambre. Todos los muchachos del barrio comenzaron a aprender pruebas. Entonces proyectamos realizar una función.

El más entusiasta de todos fue el Moro, que con sus zapatos grandes, intentaba pisar sobre el alambre estirado, en el que no podía afirmarse y daba a cada momento en el suelo. Pero después calzó zapatillas e insistió tanto y tanto, hasta que un día lo vimos caminar por la cuerda, igual que los equilibristas. Así había influido el circo en nosotros.

Sin embargo, el entusiasmo duró poco. Dejarnos el bodegón y el trapecio, las argollas y el alambre, y volvimos a lo de antes: a pasear en las tardes por la orilla del mar, a pescar en el muelle, a jugar en los botes y a buscar a la amiga; para conversar con ella. Martín con Elsa y yo con Violeta.

El Moro no se ocupaba de esas cosas. El salía a pescar en las tardes o a andar en bote, con otros muchachos. Recorría todas las lanchas que había fondeadas en la bahía. El mar ejercía una poderosa influencia sobre él. Conversaba con los marineros, se interesaba por el destino e itinerario de cada uno de los barcos que navegaban fuera del puerto. Aprendía a hacer nudos, a azocar cabos, a coser velas y todas las labores propias de los trabajadores del mar. Después nos contaba cómo se hacían esas cosas, interrumpiendo su conversación para lanzar una palabrota, como lo hacía el *Cuervo*, el marinero del remolcador «Eduardo», o como el tuerto González, que andaba embarcado en el cúter «Bellavista».

Nosotros reíamos, porque nos causaba gracia. No le aplaudíamos sus groserías, pero tampoco le decíamos que estaban mal. Y él se iba habituando, a decirlas con naturalidad.

Una tarde, cuando el mar se hallaba en completa calma, y nosotros observábamos cómo se reflejaban en las aguas las moles de los cerros lejanos, el Moro se nos acercó fumando una cachimba de fabricación casera. Llevaba en la mano un cordel enrollado, listo para aparejar un bote.

—Si quieren ir a la península —mañana, avísenme dijo—, porque estoy dispuesto a llevarlos. Conseguí una chalupa en la que caben más de diez cabros.

—Ya está —contestamos entusiasmados—, deteniéndolo para convenir los preparativos.

VII

La isla de los muertos

Son muchos los recuerdos de la infancia que mantengo en la memoria, permanentes y gratos, porque corresponden a los días en que viví verdaderamente feliz, aunque en esa época no me percaté de ello. Y entre estos instantes evoco siempre el inolvidable viaje a la isla de los Cisnes.

El Moro Rodríguez era menor que yo, pero a pesar de eso tenía más desarrollado el sentido práctico de la vida. Tal vez tuvo más necesidad de usarlo. Y yo lo encontraba hombre, a pesar de ser todavía un niño. Esa virtud que redescubrí en aquel tiempo, la fui apreciando cada vez más. Siempre le tuve admiración, especialmente cuando, muchos años después, en circunstancias que no olvido, lo encontré en un lugar del ancho mundo, convertido en lo que siempre había aspirado ser.

Sin embargo, tenía sus defectos, muy reprochables algunos, pero no para desesperarse. Era mentiroso, si no me equivoco era algo flojo, a veces atrevido y burlón, hasta insolente. Pero aún así, en su fondo palpitaba un buen corazón, desinteresado y sincero con los amigos. Si se hubiese educado como otros niños, sin vagar por las calles ¡qué distinto habría sido! Y sin embargo, hoy día es un ciudadano respetable. Creo que en eso influyeron mucho, seguramente, los consejos de sus maestros y amigos y las duras experiencias que le proporcionó la vida.

Hago estas observaciones del Moro, a quien convierto a veces en personaje central de mis recuerdos, porque a menudo me impresionó con su audacia y sus aventuras, y porque de la pandilla de muchachos de mi barrio, fue el último en marcharse y fue también el último con quien, en el transcurso de los años, pude estrecharme en un abrazo y hacer evocación de la infancia.

Esa mañana advertí el temple de aquel muchacho. Había nacido marino, como algunos nacen poetas o artistas. Tenía incluso el aspecto que caracteriza a los hombres de mar. Caminaba igual que un marinero, como si toda la vida hubiese andado sobre la móvil cubierta de los barcos y los tumbos del mar lo habrían habituado a andar balanceándose.

El Moro nos aguardaba en el muelle y cuando nos vio llegar, se tendió en la popa de la chalupa, cruzó los brazos detrás de la cabeza y exclamó, riendo:

—Apúrense, cabros, todo está listo y no hay más que partir. ¡Arriba con las pilchas y listo el bote! ¿Qué tal?

A su lado, el perrito sin nombre daba vueltas, buscando acomodo dentro de la embarcación.

Martín y yo nos apresuramos en bajar por la escala, destinada a embarcarnos. Cargamos nuestras cosas y quedamos en espera de dos compañeros más. Eran Anacleto y Carentaneve, dos muchachos del barrio, a quienes llevábamos a menudo con nosotros, porque los creíamos audaces, debido a su fama de desordenados. Por suerte no se enteraron nuestras madres de que fuimos en esa compañía. Tal vez no habríamos eludido su castigo.

El viaje, de ese día fue hasta la isla de los Cisnes, a tres o cuatro millas de distancia de Puerto

Natales. Hay allí un pequeño faro sin guardián, que facilita la entrada al canal, que conduce a la bahía. La llaman isla de los Cines, porque cuando el explorador Hermann Eberhard llegó allí, en una de las primeras expediciones a la región, encontró sus playas llenas de estas aves, de plumaje blanco y cuello negro. Aún hoy día es posible verlas en las ensenadas arenosas, de preferencia a la hora vespertina.

—Soplaba viento suave del norte, que nos imprimiría un andar favorable. El Moro encendió su cachimba, se arremangó y ordenó a Anacleto y a Carentaneve que les ayudaran a desplegar el aparejo. Nosotros los contemplábamos boquiabiertos. Nuestra admiración aumentaba, cuando los oíamos explicar la maniobra, con el empleo de complicados términos de la nomenclatura marinera.

Una vez que todo estuvo listo, nos aprestamos al zarpe. Pero nos detuvimos al ver que por la playa corría, en dirección al muelle, un niño con buzo azul y sin gorra, haciéndonos señas para que lo esperáramos. Lo conocimos enseguida: era Chorizo, como apodábamos al hijo del fiambbrero.

Al llegar, muy agitado, nos dijo que se había enterado de nuestro viaje y quería acompañarnos. Los aceptamos gustoso en la tripulación. Como tenía fama de travieso en el barrio, nos parecía un excelente compañero, pensando además que necesitábamos muchachos como él, decididos y valientes, para esta excursión, que se nos ocurría podía depararnos sorpresas y aventuras.

Chorizo lanzó una mirada de inspección por el bote y descubrió dos rifles: el de Martín y el mío. Advirtió que llevábamos, además, una cámara fotográfica, cajas de balas, un canasto con sandwiches y carne asada, unas botellas de vino, refrescos y varios atados de cigarrillos lo que demostraba que el viaje sería largo y que pensábamos pasarlo bien.

Luego ayudó a izar las velas, en lo —que demostró Pericia, porque ya lo había hecho muchas veces. Atrincó las drizas y haló la escota, para tomar el viento. El Moro llevaba la caña del timón y puso proa hacia el sur, en dirección al faro que destacaba en lontananza.

Yo estaba intranquilo, pensando que a la vuelta continuaría el mismo viento, soplándonos en contra y tal vez más fuerte. Pero el temor de alarmar a mis compañeros, permitió que me guardara muy bien de decirlo. Así fue que me tendí en la proa, junto a Martín, que contemplaba entusiasmado el paisaje y hacía planes para el arribo a la isla. Todos nos sentíamos un poco impresionados, en el concepto de que vivíamos una gran aventura. El Moro, por su parte, estaba tranquilo y despreocupado. Se notaba claramente que no era la primera vez que se hacía a la mar.

Demoramos alrededor de una hora en arribar a la isla, aún cuando navegábamos a buen andar. Se debió a que al final, disipando mis temores, amainó el viento y al último tuvimos que emplear los remos para avanzar hasta la costa. A nuestra llegada nos encantó el espectáculo de una bahía larga y arenosa de la que huyeron, volando, los cisnes y otras aves marinas.

El viento calmó por completo y el sol brilló con intensidad. Se sentía delicioso el aire puro y fresco, que respirábamos a pleno pulmón. A lo lejos, las gaviotas buscaban mariscos en la playa, aprovechando la baja marea, y otros pájaros del mar bajaban al amor de las aguas. El perro del Moro saltó a tierra y comenzó a correr por la arena, ladrando a las aves.

El viaje, que había sido largo para nosotros, nos despertó el apetito, y Martín propuso que almorzáramos. Encendimos un pequeño fuego, a cuyo alrededor nos sentamos a merendar.

Cuando hubimos comido y nos sentimos satisfechos, organizamos una expedición por la isla. Martín tomó su rifle y yo el mío, y nos largamos por la costa, en dirección a la ensenada donde habíamos visto una bandada de pájaros. Detrás de nosotros el Moro y los demás muchachos seguían, llevando la cámara fotográfica, bastones, hondas y piedras. Marchábamos uno detrás de otro, en fila india, seguidos por el perro, dejando las huellas de nuestros pasos, en la arena mojada, que quedaba al descubierto con la bajamar. Martín subió a tierra y se introdujo en el campo, donde el pasto le llegaba más arriba de las rodillas. De pronto nos sorprendió con una exclamación: había descubierto un nido con varios huevos. Eran de patos silvestres, que ponían a escasa distancia de la playa.

El hallazgo despertó nuestro entusiasmo y cada uno se largó por los alrededores en busca de más huevos. Descubrimos muchos nidos, logrando llenar un canasto, que cubrimos cuidadosamente con yerba y continuamos nuestra exploración por la isla. Cuando llegamos al lado opuesto, Martín vio elevarse una pareja de patos. Tomó el rifle y disparó, con tan buena puntería, que uno de ellos cayó herido. Fue a dar a la costa, a escasos metros del lugar donde nos encontrábamos. El perro del Moro salió corriendo para coger la presa, antes de que se le escapara. Martín iba a seguirlo, pero Chorizo lo detuvo.

—Déjalo —le dijo—, verás que, el perro lo va atraer. No hay necesidad de que lo siga.

Nosotros esperarnos, pero el animal no volvió. En cambio escuchamos sus lastimeros quejidos. Parecía llamarnos. Juanito no hizo caso de las advertencias de Chorizo y desapareció entre los arbustos.

Momentos después lo sentimos gritar angustiado. Era un llamado insistente, que nos causó temor. Parecía que tenía un temblor en la garganta cuando llamaba, para que fuésemos a ver lo que ocurría. Nos miramos sobresaltados, pensando qué actitud adoptar.

—Carga el rifle —me advirtió el Moro, y sacó su cuchillo, que llevaba a la cintura. Anacleto, Carentaneve y Chorizo permanecían atentos, esperando una orden.

—Sígueme, cabros —les dije y crucé el matorral.

—¡Miren, un muerto! —nos gritó Martín cuando nos acercamos, señalándonos la playa donde, de bruces en la arena, yacía el cadáver de un hombre descalzo, cubierto por algas marinas y casi tapado por la arena. El perro se revolvía inquieto y gruñía amenazador.

—¡Un naufrago! —exclamamos.

En efecto, era un naufrago. A pocos metros, más arriba, en dirección al oeste, se veía una chalupa volcada. Se trataba, seguramente, de un pescador, a quien había sorprendido una tormenta. Al descubrir la embarcación varada, fuimos inmediatamente a verla. Era de color verde y tenía pintada en la amura el nombre: «Golondrina».

Nos metimos en el agua, para darla vuelta y ver qué había adentro. Martín volvió a horrorizarse: había encontrado otro cadáver, de un hombre que tenía todavía las manos tomadas de una cuerda. Había muerto asido a la embarcación, aferrándose insistente a la vida.

Mirando el espectáculo macabro, temblábamos, no sé si de emoción o de miedo. Hicimos diversos comentarios y nos preguntamos qué actitud, debíamos tomar. El Moro opinaba que era mejor guardar silencio, ni pensar siquiera dar cuenta a la justicia, porque nos acarrearía un disgusto. Martín también era partidario de quedar callados, pues no iba a faltar quien hallara los cadáveres, sin necesidad de que nosotros lo dijéramos.

Todos daban a conocer sus opiniones y aún no nos decidíamos qué hacer. Chorizo y Carentaneve comenzaron a examinar a los muertos. A uno lo reconocieron. Era un tal Gamín, cuñado de un pescador, a quien apodaban el «Cuervo». Al otro no lo identificaron, porque tenía el rostro tumefacto.

Antes de decidirnos a hacer algo, dejamos la chalupa, otra vez, en su lugar y, a proposición de Martín, nos tomamos una fotografía junto a los cadáveres. De esa manera, con el correr del tiempo, si fuese necesario, podríamos probar que nosotros los descubrimos.

Regresamos al campamento y nos servimos el almuerzo. Estábamos indecisos y aún no nos resolvíamos a tomar una iniciativa. El Moro encendió nuevamente el fuego y Juanito puso a hervir algunos huevos. Después, alrededor de la fogata discutimos lo que al fin íbamos a hacer.

Martín, nos contó varios casos, en que los descubridores de cadáveres habían estado presos, hasta esclarecerse los hechos. Por la tanto, acordamos permanecer callados, completamente callados. El Moro propuso que juráramos no decir nada en el pueblo. Los muchachos aceptaron gustosos, hacer esa promesa solemne. Era algo de novela de mucha importancia. Poseíamos el secreto de dos muertos y realizábamos un juramento. Eso nos enorgullecía.

Martín tendió su mano y en voz alta nos dijo: —Compañeros ¿juráis por vuestro honor, no decir nada de esto en el pueblo?

—Lo juramos —respondimos —a un tiempo.

—Muy bien.

—Ya lo saben —advertí entonces...; ni tú, ni Chorizo, ni el Moro, ni Anacleto, ni Carentaneve, deben decir nada. El que abra la boca tendrá su castigo, porque entonces todos le echaremos la culpa. No queremos traiciones.

Finalmente el Moro nos recomendó que quedáramos tranquilos, porque él se encargaría de buscar a quien imputar el hallazgo. El iba a ver manera de que alguien fuese a pescar a la costa de la isla.

Cargarnos de nuevo la chalupa y, aprovechando la calma, cruzamos a la península, a fin de que nadie supiera que estuvimos en la isla de los Cisnes.

Atardecía ya cuando llegamos a Natales. Bogábamos silenciosos por las aguas oscuras. Los golpes de los remos se oían, desacompañados, sordos y monótonos. Atracamos al muelle con alivio. Pero seguíamos emocionados, temerosos, como si alguien nos fuera a acusar que ocultábamos el hallazgo macabro.

VIII

El misterio de los ahogados

El viaje a la isla de los Cisnes, sobre el cual pensábamos contar muchas cosas, tuvo alternativas inesperadas. Proyectábamos jactarnos, relatando nuestras aventuras a los niños, y tuvimos que guardar un silencio obligado. Era imposible decir que habíamos estado en las inmediaciones del faro, porque el día que encontraran los cadáveres, nos detendrían para investigar los sucesos.

Martín dijo en el colegio que habíamos ido a la península. Los chicos se mofaron de nosotros, porque después de planear una gran expedición, habíamos ido a un lugar muy cercano y conocido. Nosotros teníamos que mordernos y guardar silencio, sin derecho a alegar. Esas humillaciones nos libraban de toda sospecha, con referencia a los ahogados.

Una tarde fui al muelle a ver a los chicos del barrio. Encontré al Moro, a Chorizo y Anacleto. No sé por qué teníamos necesidad de reunirnos. Tal vez le suceda lo mismo a todos los cómplices de alguna fechoría, porque a mi parecer lo era. A veces sentía remordimiento como si yo hubiese asesinado a los dos hombres que encontramos ahogados. En la noche los había visto en sueños, y sentí gran temor, al extremo de que pensé en correr y contar el hallazgo a la policía. Pero me lo impidió el juramento el temor al reproche de los muchachos.

En el muelle había dos pescadores que conversaban a espaldas nuestras. Uno era el «Cuervo pariente del ahogado, que se llamaba Gamín. Decía a su compañero:

—Mi cuñado salió hace unos días a la pesca y, todavía no llega. ¿No le habrá sucedido algo? Fíjate que en días pasados hubo un gran temporal.

Yo no sé lo que pasó por mí entonces. Me sentí estremecer, desde los pies hasta la punta de los cabellos.

El Moro era un fresco de primera clase. No comprendo como no nos delató la expresión del rostro, cuando se metió en la conversación y le dijo al «Cuervo», con quien parecía tener gran confianza:

—¿Así es que Gamín anda en la pesca? ¡Oh! No, sabía. Yo creía, que estaba en Natales. El otro día, hará cosa de dos semanas, dijo que iría a pescar y que a la vuelta, pasaría a echar unos lances por la costa de Ramírez, donde con la alta marea se agarra una de pejerreyes que da fiebre.

—¿Ah, sí?.exclamó el «Cuervo».

—Sí, hombre. Por Diosito que lo dijo. Estaba aquí todavía, en el muelle, con otro gallo que no conozco. Tenía pantalón de mezclilla y chaqueta de cuero. Le dijo...

—¡Ah! Ese era el viejo Braulio. Con él salió a la pesca. ¿Qué le dijo?

—Que nadie sabía que en Ramírez, en la ensenada del chorrillo, había un lance macanudo; que con la alta marca era de tirar la red y sacarla llena. Ese lance lo conocía él, no más. Así lo dijo. Por mi madre.

—¿Y tú, dónde estabas? —preguntó el «Cuervo», que iba interesándose cada vez más en la conversación.

—Yo estaba aquí en el muelle, pescando. No sé si me vieron ellos.

El «cuervo» Permaneció un momento pensativo y luego se volvió a su compañero:

—¿Oíste lo que dijo el cabro?

—Debe ser así, no más —contestó el otro.

¿Qué te parece si vamos a tirar unos lances por allá y alcanzamos hasta Riquelme? El viejo Mella podrá darnos alguna noticia de Gamin, si lo ha visto. De paso podremos tirar un lance, en la ensenada del chorrillo. Fíjate que tendremos marea alta y a lo mejor nos componemos. Esta noche se hace la luna.

—Ya no más —respondió el compañero.

El «Cuervo» sonrió y le dio al Moro unos golpecitos en la espalda.

—Gracias, cabro —le dijo—, si me va bien te voy a traer unos robalitos. Chao.

—Chao, hombre —le contestó el Moro y volvió a tantear tranquilamente la lienza con que pescaba.

Comprendí la astucia de nuestro amigo y alabé su cara dura. Era cínico, sin exagerar el empleo del término. Había logrado que el «Cuervo» cayera en la trampa. Bien dijo ese día en que encontramos los muertos, que él se encargaría de buscar a quien cargar el hallazgo. El «Cuervo» saldría a la pesca esa misma tarde, para no perder la marea, y tendría que pasar, forzosamente, por la costa sur de la isla de los Cisnes donde tendría que ver a los ahogados. Así, sería él quien diera cuenta del naufragio a las autoridades.

—Cuando se hubieron retirado los pescadores, el Moro se volvió hacia nosotros, preguntándonos:

—¿Qué tal, cabros? El tonto del «Cuervo» va a caer en el anzuelo. Ya veo la cara que va a poner cuando se encuentre con su pariente hecho finado. Y lo celebraba el muy bribón.

Martín había estado asustado desde nuestro descubrimiento y ni sonreía, pero en ese momento rió de buena gana, algo así como un alivio. Volvimos a sentir tranquilidad y alabábamos la astucia del Moro, gracias a la cual serían encontrados los muertos.

Después de algunos comentarios, en los que ya nos imaginábamos la actitud que tomaría el «Cuervo», al dar con los ahogados, nos volvimos a casa. Martín iba conmigo, hablando de la frescura del Moro, que no tenía cortedad para mentir, como lo había hecho aquella tarde.

Cuando pasamos frente al bar de la esquina, cerca de la casa de Martín, oímos que dos hombres conversaban. Uno de ellos decía que los pescadores se habían perdido, porque salieron con zarpe para

seis días y ya llevaban dos semanas, sin que se supiera de ellos. Nos sobresaltamos y proseguimos el camino, temerosos. Yo creo que si nos hubieran detenido para preguntarnos algo, el temor que nos invadía nos habría obligado a confesarlo todo, sin reparar en nuestro juramento.

Martín se acordó del rollo de película, que habíamos tomado en nuestra expedición a la isla. Si lo llevábamos al fotógrafo para revelarlo, se enteraría de que habíamos encontrado a los muertos que yo había fotografiado. Con esta situación se nos creaba un problema.

Mi hermano Perico era aficionado a la fotografía y sabía revelar. Le propuse a Martín que le entregáramos el rollo de película, compartiendo de esta manera con él el secreto, en la seguridad de que lo guardaría.

Martín fue partidario de pedir consentimiento a los demás muchachos, antes de enterar a Perico de estas cosas, porque había por medio un juramento y no era posible violarlo así no más. Por eso acordamos finalmente guardar la película, hasta volver a reunirnos con los muchachos y oírles su opinión.

Al día siguiente fui con Martín a buscar al Moro, para decirle lo que ocurría. También argumentó que había un juramento por medio, y que enterar a Perico del hallazgo de los cadáveres, era faltar a la palabra empeñada, de «no decir nada en el pueblo». El se oponía obstinadamente, estimando que los muchachos harían lo mismo, y que la única manera de revelar la película, sin que nadie se enterara, era aprendiendo a hacerlo nosotros mismos.

Yo le propuse más tarde a mi hermano, que me enseñara a revelar. Le dije que me gustaría ser fotógrafo y que, aparte de tomar vistas, quería saber la manera de desarrollar las películas. Su respuesta, como lo esperaba, fue favorable, anunciándome que en la semana siguiente haría unos trabajos, en cuya oportunidad me llamaría para enseñarme. Mientras tanto me entregó un manual para aficionados, que me daría alguna idea acerca de lo que es el arte de la fotografía.

Comencé a leer el libro, pero pronto desesperé, porque desde las primeras páginas encontré difícil la nomenclatura, más enredada la teoría y muy incomprensibles las explicaciones sobre cámaras, lentes, profundidad de foco y otras cosas. Muy adelante, casi al final del texto, se refería al revelado de películas. Pero yo no entendía las fórmulas, porque era enemigo declarado de la química. Mi hermano creía que mi interés era ser fotógrafo y comenzó a enseñarme los elementos principales: conocer lentes, cámaras y la manera de obtener buenas fotografías. Tendría que esperar con paciencia la ocasión de aprender a revelar. Y mientras tanto ardía en deseos de saber cómo salieron las fotografías tomadas en la isla.

Dos días después me reuní de nuevo con Martín y le expliqué mis dificultades. Me recomendó tener paciencia y que hiciera el trabajo sólo cuando se me presentara la oportunidad. El secreto debía quedar entre nosotros solamente, sin que se impusiera nadie, fuera del Moro, Anacleto, Chorizo y Carentaneve.

Cuando regresé a casa, mis hermanos me sobresaltaron con la noticia:

—¿Sabes lo que ocurrió? —me preguntó Perico—. Encontraron a dos pescadores ahogados.

Me ardió la cara y sentí estremecerme de nerviosidad.

—¿Qué te pasa? —me preguntó mi hermano. ¿por qué te pones así?

—Nada —tartamudeé—, es que Martín y el Moro me dijeron que iban a salir en bote y temí que se tratara de ellos.

—No, hombre —repuso Perico—, era un tal Gamín y un viejo que se llama «on» Braulio. Los encontró un pescador, el «Cuervo».

—Y el «Cuervo», ¿dónde está? —le pregunté.

—Lo tienen preso, hasta que el juez vaya a ver los cadáveres. Esta tarde saldrá una lancha a la isla de los Cisnes, donde aparecieron los muertos.

Yo no dije nada, y pensé en mi interior que la decisión de no dar cuenta del hallazgo nos había salvado. De lo contrario estaríamos presos también, igual que el «Cuervo».

No pude contenerme y eché a correr en busca del Moro, para contarle la noticia. Me costó encontrarlo. Estaba en el malecón, oyendo los comentarios de los pescadores. Cada uno opinaba a su manera y lamentaba la suerte del «Cuervo», que después de perder a su cuñado, había tenido que ingresar a la cárcel, hasta que el juez constatará los hechos, porque decían que podía haber sido un asesinato.

Esa misma tarde zarpó la lancha de la capitanía de puerto y recogió a los muertos. La novedad fue tremenda. La gente se agrupó en la playa, para ver cuando los conducían a la morgue. Se hacían los más diversos comentarios. El «Cuervo» fue puesto en libertad, después de que le hicieron la autopsia a los cadáveres, comprobándose que los pescadores habían muerto ahogados y hacía bastante tiempo.

Dos días después, cuando ya me había repuesto un tanto de la emoción, mi hermano Perico me llamó a su cuarto y me increpó duramente:

—Dime ¿qué sabías tú de esos hombres que encontraron ahogados?

—Yo... nada —repliqué, todo cortado.

—No mientas —insistió enérgico—, porque tengo pruebas de que los viste, antes de que los encontrara el «Cuervo».

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué puedo saber yo de eso? reclamé con angustia, defendiéndome, desesperado.

—¡Mira! ¿Quién tomó esta fotografía?

—¡Oh! Déjame verla... Yo te voy a explicar todo...

—¿Sabías o no sabías? ¿En qué líos estás metido?

—Espera. Ya te diré... Déjame ver la foto.

La fotografía había salido muy bien. Se veía claramente a un hombre, tendido de bruces en la arena, y al fondo, la chalupa volcada. Yo la había tomado en la isla de Los Cisnes y Perico la reveló por equivocación.

—No le he dicho nada al papá ni a la mamá —me dijo mi hermano—. Encontré el rollito en tu velador, cuando buscaba mi reloj y creía que eran las fotografías que tomamos en el paseo al Cerro Dorotea. Pero cuando terminé de revelarlo me di cuenta de que era otra cosa y saqué las copias. Mira, aquí se ve al Moro Rodríguez, a tu amigo Martín y a otros cabros.

«Ahora sé por qué querías que te enseñara a revelar. Por eso te asustaste cuando te conté que encontraron a dos hombres ahogados. Dime ahora cómo sucedió.

El secreto estaba descubierto y yo no había faltado a mi palabra. Le pedí que no le dijera a nadie nada y en seguida le conté nuestra aventura, con todos sus detalles.

Perico me prometió guardar reserva, agregando, para consolarme, que podía decirle a los muchachos que aprendí a revelar. De esa manera, varios días después, mostré las fotografías, diciéndoles a los muchachos que yo mismo las había copiado.

IX

El alma de los barcos

La historia de los ahogados, que encontramos en la isla de los Cisnes, la mantuvimos en secreto, tal como lo habíamos jurado, durante mucho tiempo. Un extraño sentimiento, derivado tal vez del hecho de haber vivido esa aventura en las playas de una isla, nos atraía siempre el mar. En el malecón, a orillas de la playa o en los varaderos, veíamos a menudo a viejos marinos componiendo chalupas o remendando redes. Solíamos conversar con ellos sobre los canales pintorescos y los puertos exóticos de las tierras lejanas, que visitaron en otros tiempos.

Una tarde, en compañía de Martín, llegué al muelle. Allí mismo, sentado en una bita, descansaba, fumando su pipa, un viejo marino. Era un hombre de alrededor de sesenta años, que cubría sus cabellos plateados con una gorra azul con visera de hule negra, como los patronos de los remolcadores. Era el padre del Moro, a quien temíamos, desde aquel día en que dio de mojicones a su hijo, cuando se fugó de la casa.

—¡Hola cabros! —exclamó al divisarnos.

Le teníamos miedo, repito, y con desconfianza respondimos a su saludo. El viejo nos sonrió, para darnos confianza, llamándonos a su lado. Lo notamos muy raro: parecía que había bebido.

—Vienen a mirar el mar ¿no? —nos dijo—, pues me alegro. Ustedes también fueron construidos en el mismo astillero que yo.

—No comprendimos sus palabras y pensamos que, seguramente las decía porque estaba borracho. Pero después observamos que tenían su significado. Eso lo comprendían sólo los marinos, y si él no nos lo hubiera explicado, todavía estaríamos creyendo que deliraba, porque sabíamos muy bien que no nos habían construido en ningún astillero.

—Ustedes son amigos de mi hijo —continuó el capitán Rodríguez—. El Moro también nació como los buques; pero ahora está en el Ecuador. Debe irse a otras latitudes, donde el magnetismo lo atraiga y se lance a la vida del mar. Aquí se echará a perder, en el ambiente de los «chaluperos». Sí, muchachos. Para ser marino hay que ir a otros puertos. Aquí no tenemos vapores grandes, para iniciarse. Hay que ir a Valparaíso, por ejemplo.

—Sí, está bien —le respondí—, pero ¿por qué dice que el Moro está en el Ecuador? ¿Por qué fuimos construidos en el mismo astillero que usted?

—Rió el capitán Rodríguez. Chupó la pipa y lanzó las volutas de humo, que deshizo el viento vespertino. Miró hacia el mar, como recordando, y dijo:

—Voy a instruirlos un poco en la ciencia náutica. No me acuerdo cómo es la definición correcta que debo hacer, pero me haré entender como pueda, para que lo sepan: todo barco, desde que se le coloca la quilla en el varadero, hasta que está totalmente terminado recibe en forma permanente la influencia magnética de la tierra. ¿Comprenden?

—Sí, capitán.

—Bien. De esta manera, —Por lo que se llama el fenómeno de la inducción magnética, se genera en el casco un magnetismo permanente, que hace del buque un imán, que es... digamos... su carácter... que lleva por toda la vida.

—¡Ah! —Ahora comprendimos algo de la imantación estudiamos en Física.

—Y así como los barcos reciben esa imantación, que se convierte en permanente, así nosotros, los marinos, que nos hacemos hombres en los puertos, recibimos esa inclinación al mar y a los buques, que como la imantación, llevamos en forma permanente, y, que nos convierte en marinos y en capitanes, para toda la vida.

—Entonces —dijo —Martín— ese imán...

—Es el alma —de los barcos —respondió el capitán Rodríguez—. Los barcos tienen carácter, tienen alma, y nosotros los sabemos apreciar, como si fueran seres.

—»Ustedes todavía no saben nada. Están solamente en el astillero; pero se nota que el mar los atrae. De lo contrario, no los vería todos los días por la playa.

—Su hijo también ama el mar —me atreví a decir.

—¿El Moro? Sí, posiblemente; pero pretende ser Chalupero.

—No, comprendo. Nosotros somos como él.

—No, ustedes no son como él. Lo acabo de probar. Cuando me referí al fenómeno de la inducción magnética, me confesaron que algo habían estudiado en Física. Yo no soy como los demás patrones, porque no me formé de marinero. Fui alumno de la vieja Escuela de Pilotines y llegué a ser capitán de cabotaje; pero el trago y las amarguras me derrotaron. Ahora estoy en decadencia. Sin embargo, soy hombre de conocimientos y me avergüenza haber llegado tan bajo. Por eso temo por la suerte del Moro. El no estudia como ustedes, y eso es lo que me apena.

«Voy a decirles una cosa más. Ese imán que es el barco, tiene influencia sobre el compás de a bordo, pero la pierde o la tiene muy pequeña cuando cruza la línea ecuatorial. Por eso les digo que el Moro está en el Ecuador. Es porque ha perdido esa atracción por el mar. El no es más que un pilluelo, un haragán, un vagabundo de los muelles. Eso es mi hijo».

No comprendí por qué nos hablaba de ese modo; pero experimenté una compasión muy grande por el viejo capitán. En realidad, el Moro era un ingrato con su padre. El pobre viejo estaba cansado de castigarlo y no podía someterlo a la disciplina, porque generalmente estaba de viaje y el muchacho quedaba solo, en casa con su tía. Necesitaba salir del ambiente del barrio, de esa amistad con los dueños de chalupas, los chaluperos, como decía su padre, y dedicarse a estudiar. El no apreciaba la importancia que tiene la instrucción, para los que desean seguir la carrera del mar. Martín estaba más impresionado que yo. Se acercó al capitán, le puso una mano sobre el hombro y, con acento cariñoso y una expresión

muy varonil, le prometió:

—Nosotros haremos algo por su hijo. Veremos modo de inducirlo a estudiar. Él nos ha hecho caso en muchas oportunidades, y nos parece que hemos influido en su decisión de ser mejor. Desde que es amigo nuestro, no ha hecho tantas picardías.

—Traten de hacer algo —nos suplicó, y yo se los agradeceré muchísimo, tanto que no sabré como pagarles. Ni él mismo podrá compensarles, si alguna vez se convierte en hombre útil.

Aquí se interrumpió nuestra conversación. Un marinero llegó en busca del viejo Rodríguez, anunciando que en el remolcador lo esperaban, listos para el zarpe. El capitán nos tendió la mano, pidiéndonos que no olvidáramos nuestra promesa. Subió a bordo y ordenó la maniobra.

Lo quedamos observando hasta que desatraco del muelle y nos saludó con la gorra. Sonó un pitazo y el barquito se alejó, dejando en el mar una estela que se abría en forma de ángulo, sobre la cual la chalupa atada a popa, abría una línea divisoria, igual que bisectriz.

Volvimos a tierra muy preocupados. La conversación con el padre del Moro nos había apenado bastante, a pesar de haberle entendido poco todo lo que nos dijo. Pero advertimos que el viejo se encontraba amargado, viendo que su hijo, con la conducta que llevaba, terminaría irremediablemente en el vagabundaje. Y él tenía aspiraciones, pues quería verlo algún día convertido en oficial de marina.

—Quizás podamos hacer algo —me dijo Martín—¿Qué te parece si lo aconsejamos. Obliguémosle a estudiar: que vaya al colegio con nosotros, y en poco tiempo se pondrá al día. Podríamos ayudarle a hacer sus tareas.

—Eso nos costará mucho —opiné—. El Moro es inteligente y creo que tiene ya cierta instrucción. Me parece que hace un año o dos, solamente, abandonó el colegio. Será cuestión de abordarlo y darle a entender que ha perdido el tiempo. Yo creo que delira por el mar, y si lo convencemos de que sin instrucción no será marino, verás como pronto se pone a estudiar junto con nosotros.

Martín era de otro parecer; pero en el fondo también estaba de acuerdo conmigo. Por fin me explicó:

—Tengo un plan maravilloso, que surtirá efecto. Y si nos resulta, abandonemos nuestros propósitos, porque nada podemos esperar de los ruegos y de las buenas palabras. Te lo contaré, para ponerlo en práctica.

Una tarde, estando en el muelle, avistamos al Moro, desde lejos. Apresurados tomamos nuestras lienzas de pescar y nos dirigimos a la playa, a lo largo del malecón. Él nos siguió.

Cuando estuvo cerca, me volví y le dije, con mucha hipocresía:

—Discúlpanos, Moro; pero no podemos juntarnos contigo. Vuelve a tu casa.

—¿Por qué? —nos preguntó asombrado—. ¿Están locos ustedes?

—¿Quieres saberlo? —le replicó Martín—. Pues, porque se nos ha prohibido terminantemente juntarnos contigo, y con todos los niños que no van al colegio.

«El profesor nos está preparando para estudios superiores, y dijo que si sabe que nos juntamos con muchachos de la calle, no nos permitirá presentarnos a exámenes. A nosotros nos interesa el colegio, así es que... por favor... aléjate.

—Pero, pero... —replicaba el Moro y nos seguía. No pueden hacer eso conmigo, que soy amigo de ustedes...

Me emocionó su actitud, porque advertí que le interesaba nuestra amistad. Sin embargo, insistí en mi propósito.

—Es que así es el asunto, Moro. Lo lamentamos —me disculpé—; pero no hay manera de evitarlo.

—¿Así es que no hay manera?

—No; lo único es que entres al colegio; así podremos ser compañeros. Es la única forma, para que podamos juntarnos contigo.

—¿No me estarán haciendo lesa?

—De ninguna manera. Te lo decimos por tu bien y por el nuestro. Mira que esta sola conversación contigo podría costarnos cara. Déjanos, antes de que nos sorprendan y nos expulsen.

—No —dijo el Moro—, la cosa puede tener arreglo. Díganme si es posible...

Así fue como, pocos días después, con gran satisfacción para su padre, Alberto Rodríguez Mendoza, alias el Moro, sacudía el polvo de sus libros y volvía al colegio.

X

Cachucito

En esa época parecía que el tiempo transcurría sin apremio y que el verano avanzaba lento, con la misma pereza que imprimen al ánimo los días estivales. Nuestra vida de estudiantes seguía su curso, sin ninguna alternativa. El Moro Rodríguez había vuelto a los libros y cumplía su decisión, tratando de recuperar el tiempo perdido. El director del colegio se interesó en ayudarlo y más de una vez nos felicitó por haberle llevado a ese alumno, que a no mediar nuestra intervención, andaría perdido en el vagabundaje. Y habría sido una lástima, porque tenía buena memoria y era inteligente.

Yo me reunía con Martín casi todas las tardes. Estábamos proyectando una nueva aventura; pero esta vez a la cueva del Milodón, la extraña caverna que se encuentra a 17 kilómetros de Puerto Natales y que, es famosa, porque en su interior, a fines del siglo pasado, fueron hallados los restos fósiles de un megaterio, que existió hace diez mil años. Han visitado la caverna científicos y turistas de todas partes del mundo. Se han escrito extensos artículos en la prensa mundial, referentes a las maravillas de la extraña cueva y al fósil, que encontró en su interior un marinero alemán, guía de las primeras expediciones arqueológicas que llegaron a la región. Nosotros queríamos alcanzar hasta ese lugar de maravillas y preparábamos el viaje, buscando los medios más fáciles y económicos para trasladarnos.

Nuestra conversación tenía lugar en el almacén del padre de Martín. Allí estábamos Juanito y yo, sentados detrás del mostrador, comiendo galletas y confites, que sustraíamos de la estantería. De pronto entró a comprar una niña de cabellos rubios y ojos azules. Mi corazón palpitó acelerado y me ardió el rostro. Tal fue la impresión al ver a Violeta.

Hacía muchos días y, seguramente varias semanas, que no nos habíamos reunido. Era como si la hubiese olvidado. Por eso ella estaba triste. Lo advertí en sus pupilas, cuando me miró interrogante.

—¿Qué te habías hecho?

—¿Yo? Nada, Violeta. Perdóname; pero me comprenderás cuando te lo explique.

—Quiero hablar contigo —me dijo.

Después que hizo sus compras, me despedí de Martín y la acompañé hasta la calle. Me reprochó con mucha razón:

—¿Por qué eres así? ¿Es que ya no me quieres?

Le tomé la mano y se la oprimí con fuerza. Yo la amaba mucho, no acertaba a comprender por qué habían pasado tantos días, sin que intentara verla. Me acordé entonces de todas las emociones vividas en el último tiempo: de la isla de los Cisnes, de los pescadores ahogados, del padre del Moro y del alma de los barcos.

Quise contarle todo, todo, sin omitir nada, para comprobarle que ese abandono no se debió a desamor; que yo había vivido intensamente durante esas dos semanas.

Era tarde y las tinieblas se insinuaban sobre el pueblecito. Caminamos por un callejón estrecho, donde se levantaban varias casitas de pescadores. No había nadie que nos viera y nos detuvimos.

—Violeta —le dije—, tú no sabes lo que ha pasado. No traté de verte, porque me sucedía algo extraño, que no puedo contarte ahora, porque es un secreto que juré a los muchachos. No deseo que seas curiosa, ni que trates de averiguarlo. Pero debes saber...

—¿Qué cosa? —Preguntó ella, anhelante e insistente.

—Que te quiero mucho, Violeta —me desahugué, estampándole un beso en la mejilla. Me lo devolvió, temblorosa, rogándome:

—Acompáñame hasta la casa.

La fui a dejar hasta frente al cerco de madera, pintado de color verde, que rodeaba su casita. Allí nos despedimos, prometiéndonos volver a estar juntos, todas las tardes, a la hora en que solían enviarla de compras.

Volví sobre mis pasos y un impulso extraño me llevó al malecón. Allí me gustaba pasar las tardes, cuando comenzaba la hora del crepúsculo. Me encantaba ver el sol, que siempre se pierde en el horizonte, en medio de resplandores rojos y amarillos.

Gran sorpresa me causó encontrar a Martín, que me buscaba por el muelle, en mi paradero de siempre. Pero esta vez venía apresurado, trayendo una noticia: había encontrado un perro moribundo.

—Está acá abajo —me dijo—; lo arrojaron desde el malecón, pero no se ahogó. Está sucio y embarrado. Sin embargo, me parece reconocerlo. Creo que es el perro del Moro. Vieras cómo se lamenta tirado en la playa, con un fierro atado al cogote. Está enfermo y parece que tuviera sarna. Pero es un crimen tirarlo así, a morir.

Fuimos a verlo, compadeciéndonos al observar que arrastraba el fierro, mojado y entumido. Estaba sarnoso. Por eso, seguramente, habían intentado matarlo.

A la luz de un farol del alumbrado lo reconocí. Era el perro sin nombre del Moro Rodríguez, que hacía mucho tiempo no veíamos. Nos indignó al suponer su gesto despiadado para con el animalito, y nos consolamos pensando en que tal vez él no lo hizo, sino que fue obra de su padre. El hecho es que, los acontecimientos futuros no nos permitieron esclarecer la verdad. Nunca pudimos preguntarle al Moro, quién fue el que trató de matar a ese perro.

—¿Qué te parece? —me preguntó Martín— ¿qué podemos hacer?

—No sé —le respondí—. El perro es bonito. Y ya le teníamos cariño. Además nos ha acompañado en muchas aventuras. Es un compañero y no podemos dejarlo morir. Mi papá tiene antisárnico, con que curó a un cordero sarnoso. Le vamos a pedir que mejore al perrito. ¡Pobrecito, es tan lindo!

Yo no sé si los animales comprenden el lenguaje humano, o al menos el tono de las palabras con que hablamos. El caso es que el perro me miró con ojos tristes y suplicantes. En sus pupilas húmedas y

mansas se reflejaba un sentimiento de gratitud. Sabía que yo hablaba de salvarlo. Entonces Martín fue en busca de una bolsa de arpillera y lo colocamos encima, desprendiendo, de su pescuezo el alambre con el fierro. Luego lo trasladamos con todo cuidado a mi casa.

Mi padre se compadeció del animal y esto nos halagó. Pero mi madre, en cambio, rechazó de inmediato nuestra insinuación de darle albergue al can moribundo. Como mi padre estaba dispuesto a curarlo, lo dejamos en casa, contra los deseos de mi buena mamá.

Si yo hubiera barruntado lo que iba a ocurrir, habría vuelto con el perro al muelle, para fondearlo con ese mismo fierro, en las profundidades del mar.

Varios días estuvo mi padre, con mucha paciencia, ocupado en la tarea de lavar y refrescar con antiséptico el cuerpo del animal enfermo, en el que notamos pronto gran alivio.

Martín me recomendó que no le dijéramos nada al Moro, hasta que el perro hubiera sanado completamente. Mientras tanto me sugirió ponerle nombre, ya que estábamos seguros de que no tenía ninguno.

Cambiamos ideas, discutimos largamente y al fin acordamos ponerle Cachupín, nombre que pareció agradaarle, porque respondía en seguida. Cachupín fue sanando día a día, mimado por todos los de mi casa por mi amigo Martín, que a menudo acudía a verlo, Mi padre nos recomendó que lo dejáramos encerrado aún una semana para reponerse, y que después él le daría el último baño hasta curarlo definitivamente.

El perro corrió, ladrando por el jardín, persiguió a los gatos y, sin querer, destruyó algunas plantas. Mi madre puso el grito en el cielo y lo castigó con enérgicos escobazos. Era el comienzo de las grandes desventuras del pobre Cachupín.

Mi padre había preparado un recipiente con líquido antiséptico, para un nuevo baño del perro y, por olvido, lo dejó en el galpón donde hacía las curaciones. Nosotros tampoco nos acordamos de guardarlo, ni tuvimos presente que allí dormía un cordero manso, regalón de mi madre y mis hermanos. El animalito bebió el fluido y a la mañana siguiente lo encontramos muerto.

Mi mamá lloró de pena, porque en casa lo querían mucho. Se llamaba *Periquín* y le ataban una campanilla al cuello, sujeta con una cinta roja, como a los corderitos de los libros de cuentos.

Las lágrimas que vertieron mis hermanitos, hicieron que el hecho adquiriera mayores caracteres de tragedia. Hubo gran alarma y se culpó de toda la desgracia a Cachupín, sobre el cual mi madre descargó su ira y un montón de palos. Tuvimos que interponernos para salvarlo, alegándole que el pobre perro no tenía la culpa.

Pasó esa desgracia. Pero como el mal nunca viene solo, tenía que suceder lo peor. Mi madre salió una tarde, dejándome en compañía de Perico, para que limpiáramos el pasto del jardín. Nos pusimos a trabajar, con el ánimo de estar listos antes de su regreso. De pronto oímos sanos cacareos, gritos, ladridos y ruidos extraños en el fondo del patio, cerca del gallinero. Fuimos a ver lo que ocurría, encontrándonos con que los malos instintos de nuestro perrito regalón habían causado una nueva desgracia. Cachupín había matado a mordiscos, dos gallinas de raza, que eran el orgullo de nuestro gallinero.

El mal no tenía remedio y el perro tendría que pagar su culpa. Yo mismo sentí indignación. Cogí un pedazo de cordel y le propiné una paliza, como no habrá vuelto a recibir en su perra vida. Luego lo até del cogote y lo llevé a casa de Martín, pidiéndole que, lo escondiera, que lo encerrara, que hiciera lo que quisiera, con tal de ponerlo lejos de la justa ira de mi madre.

Y después le contamos, cuando llegó la hora de hacerlo, que Cachupín cometió su fechoría y huyó a la calle; que al cruzar la calzada, corriendo, lo atropelló un camión, causándole la muerte, y que su cadáver lo llevó el basurero. Esto mitigó un poco la pena de mi madre, por la pérdida de sus gallinas, porque estimaba que el perro bribón había recibido su merecido castigo, aunque no estaba muy segura de que le habíamos dicho la verdad.

Mientras tanto, Cachupín ladraba día y noche en el patio de la casa de Martín, tirando de la cadena, con ansias de libertad, porque inconsciente de su pecado, quería volver al teatro de sus fechorías.

Mucho tiempo después logró escapar, una tarde, cuando ya habíamos olvidado la muerte de las gallinas. Llegó ladrando alegremente hasta el portón, y mis hermanos menores lo recibieron alborozados, contentos de tenerlo nuevamente en casa, después de que lo creían muerto.

El disgusto fue grande. Yo tuve que responder a mis embustes, porque me dieron unos buenos tirones de orejas. Cachupín recibió también su castigo, aunque no tan severo como el que merecía.

Lo cierto es que su regreso le valió ser acogido de nuevo en la casa, donde volvió a ocupar su antigua perrera, a saborear diariamente su hueso y ser el terror de los gatos del vecindario, que perseguía obstinado por él jardín.

Mis hermanos corrían tras él con alegría, Y todos le gritábamos:

—Cachupín, Cachupin...

—Cachu.... Cachu... Cachucito...

Así lo llamamos en adelante.

XI

El Moro y su padre

Las vacaciones habían terminado y nos encontrábamos de nuevo estudiando. Martín y yo estábamos en el curso superior, pasando materia nueva, lo que despertaba nuestro interés por concurrir a clases.

Una mañana iba yo al colegio, con los libros bajo el brazo, muy contento y silbando, como era costumbre entre nosotros, una marcha militar. Atravesaba la plaza cuando encontré a Violeta, que llevaba un abrigo azul marino con botones dorados. Hacía dos días que no la encontraba y la saludé alegremente.

—Hola, simpática marina. ¿Cómo te va?

—Bien, muy bien ¿y tú? —me respondió, agregando— ¿Te gusta mi traje de marinero?

—Ciertamente, es por eso que te llamo Marina. —Es también mi nombre —replicó—. Me llamo Violeta Marina.

—Pues, desde hoy en adelante te llamaré Marina. Me gusta y te asienta más, porque llevas ese uniforme y porque vives frente al mar.

Yo sé que te gusta el mar —me respondió—, y a mí también. Me encanta cuando sopla el viento y rugen las olas, adquiriendo crestas de espuma. Entonces me agrada ir hasta el malecón y a veces canto. Pero lo hago cuando estoy sola, porque si me ven me da vergüenza.

—Por mi no temas, porque yo mismo te ayudaría a cantar.

Nos sentamos un momento en un escaño de la plaza. Ella también se dirigía al colegio. Estuvimos unos instantes juntos y no supimos de qué hablar. Entonces, por decir algo, ella me preguntó:

—¿Me quieres siempre?

—Claro, que te quiero, Marina, pero muchísimo. Y a veces pienso con pena, que con el tiempo me vas a olvidar. Tú sabes de que a pesar de que somos niños todavía, dentro de algunos años seremos mayores. Y la vida nos puede tratar de otra manera. Por eso quiero que me digas, aquí, ahora que estamos solos, si es verdad que aunque pasen los años y nos separemos, me amarás siempre, y que... te casarás conmigo.

—Sí, me casaré contigo —me prometió. Y yo reí contento y emocionado.

—¡Marinita! —exclamé gozoso y le tomé una mano.

Afuera, muy cerca, alguien silbaba. Era Martín, que también iba al colegio. Nos encontró en seguida.

Yo estaba cohibido, creyendo que nos había sorprendido en nuestros amores. Pero parece que no se dio cuenta, porque estaba preocupado. En seguida me abordó para decir:

—El capitán está muy enfermo.

—¿Cuál capitán?

—El capitán Rodríguez, el padre del Moro. Oí decir que es grave. Tiene pulmonía, como consecuencia de una mojada. Está delirando...

—¡Ah! —exclamé—, ahora comprendo por qué el Moro no iba a clases. Cuando faltaba al colegio, se me ocurría que andaba en nuevas peripecias. Debemos ir a verlo. Quizás podamos servirle en algo.

Acompañamos a Violeta hasta su colegio, muy cercano al nuestro y volvimos para empezar nuestras clases. Conversábamos por el camino:

—Dicen que el Moro se ha amanecido varias veces, cuidando a su padre. Ha sufrido mucho y teme por su vida. ¡Pobre Moro, si al viejo le ocurre algo! Temo que se eche al abandono y que no estudie más. Es una lástima, porque en este último tiempo se había compuesto.

—En verdad —reconocí—, conviene que al mediodía vayamos a verlo a su casa.

Así lo hicimos. Terminadas las clases de la mañana, nos dirigimos a casa del Moro. El mismo nos recibió. Su tía lloraba junto al lecho del enfermo. El capitán se hallaba cadavérico, con la barba crecida y los ojos hundidos. La crisis de la enfermedad estaba próxima.

—Lo siento mucho —le expliqué al Moro—, No lo supimos antes. Por eso no habíamos venido. Dinos si podemos servirte en algo, para que te ayudemos.

—Vengan esta noche —nos contestó—. Estoy trasnochado y tengo que dormir un poco. Mi tía ya no soporta este sacrificio, y de ella no puedo esperar mucho. La pobre está reumática. Le tocó toda la desgracia junta.

El capitán sintió que hablábamos y nos llamó por nuestros nombres.

—Martín... tú hiciste un barco muy grande —decía—. ¿Te acuerdas que allá, en el muelle, me hablaste de la imantación?

Después se dirigió a mí:

—¿Y tú, rucio, no viste que ese barco tenía la rosa dormida? ¿Así pretendías navegar? Las rosas también se duermen y no sirven. Quedan inútiles para siempre. Yo también me estoy durmiendo...

Yo no sabía si era el delirio o si el capitán quería decirnos algo significativo, como cuando nos hablaba del alma de los barcos.

—El Moro está en el Ecuador —continuó diciéndonos—. Llévenselo de aquí para que sea marino. Yo no quiero que se convierta en chalupero. Ahora estudia y quizás pueda ser piloto. No me importaría morir, si continuara la tradición de la familia. Los Rodríguez hemos sido todos hombres de mar... Mis padres en Galicia. Aconséjelo mucho... No se olviden de este pobre viejo que se muere... que los quiso,

por todo lo que hicieron por su hijo.

Recuerdo que mis ojos se velaron por las lágrimas. Miré a Martín y lo vi enjugarse con el pañuelo. El Moro no lloraba, porque era muy valiente; pero estaba pálido y tenía la mirada perdida. Miraba hacia afuera, por la ventana, hacia el mar. Tal vez, en su interior, se hacía la promesa de acceder a los deseos de su padre moribundo.

El viejo deliraba de verdad. Decía que veía un buque gigantesco y nos gritaba las órdenes para hacer las maniobras. Estaba excitado y había que calmarlo. Su hermana le rogó que se tranquilizara. Mientras tanto nos retiramos, prometiendo volver en la noche.

Cuando estuvimos afuera, Martín me dijo tristemente:

—Compadezco al Moro, porque el viejo está mal. No creo que se salve. De todos modos, vendremos esta noche.

—Por supuesto —le respondí—. Me gustaría acompañar todavía al pobre viejo. ¿Te fijas? Es un marino de corazón. Los recuerdos del mar lo excitan. Yo no sé cómo el Moro no se compadece y le promete estudiar, para seguir su misma carrera. Creo que tiene intenciones, pero no ha dicho nada. ¿Te fijaste como el capitán hablaba de los imanes, de la inducción magnética y de esas cosas que nos contó el otro día? Ahora dice que las rosas se duermen. ¿Es verdad o será delirio? Yo no sé pero el caso es que me emocioné mucho. Estuve a punto de llorar.

A mí me corrieron unas cuantas lágrimas —agregó Martín—. ¡Qué hacerle! ¡Si esas cosas conmueven!... Al fin y al cabo no somos tan duros como el Moro. El pobre está curtido y no le afecta tanto.

—Sin embargo, tiene una cara que expresa bien claro lo que sufre.

Esa tarde, después de que hicimos nuestras tareas, nos dirigimos a casa del Moro Rodríguez.

Llegamos presintiendo lo que ocurría. Había varias personas en la puerta y dentro, una mujer lloraba. El Moro nos recibió con los ojos inundados de lágrimas. No hubo necesidad de preguntarle.

—Ha muerto —nos dijo Y me hablaba de ustedes. ¿Qué les pidió una tarde en el muelle? ¿Qué le dijeron que harían por mí?

—Nada, nada, Moro. Ya hablaremos de eso. Quería que te convenciéramos, para que volvieras al colegio. Eso era todo. Y nos dijo que le gustaría que fueras marino, como él.

—Trataré de serlo —me respondió—. Creo— que ahora mi vida cambiará por completo. No sé si podré seguir estudiando. Veremos lo que diga mi tía, cuando todo esto termine. El pobre viejo descansa para, siempre. Yo me había reformado para satisfacerlo. Y, ahora está muerto.

—No llores, Moro —le supliqué, —No llores, porque si él ha muerto, es su destino que se cumplió. Dicen que la muerte es una aventura, que no tiene nada de triste, salvo el recuerdo del que se va y el pensar, que nunca lo volveremos a ver. Eso es todo.

—No, es muy distinto. En mi padre— es muy distinto —decía el Moro, y a pesar de ser valiente, ahora lloraba—. Yo creo que sin él no podré vivir contento. Tengo que irme de aquí, lejos, donde no me conozcan, donde olvide todo—. Y lloraba desconsoladamente.

Dos días, después lo sepultaron. Nosotros fuimos al entierro. Lo llevaron en una carroza negra, dentro de un ataúd color ébano. Había aún algunas flores y le enviaron muchas coronas. Gran cantidad de gente acompañó el funeral.

Nosotros estábamos junto al Moro y llorábamos con él. No podíamos permanecer impasibles. Cuando hubo terminado el entierro, salimos con él del cementerio.

En la iglesia todavía repicaban a muerto. Pero no era por el capitán Rodríguez. Al pasar frente a la parroquia, nos encontramos con otro cortejo. Un niño marchaba al frente, llevando una cruz, con una inscripción que decía: *Nathan Hauff — (Q.E.P.D.)*.

Nos estremecimos. Miré a Martín y él no, dijo nada. El Moro caminaba a nuestro lado, con la cabeza, gacha y los ojos irritados de tanto llorar.

XII

El cofre de la cueva

Había muerto Nathan Hauff, el almacenero judío, en cuya casa se introdujo una tarde el Moro, viviendo horas de angustia, oprimido y tembloroso debajo de la cama. Y había muerto, precisamente, la misma tarde en que expiró el capitán Rodríguez.

Pasaron algunos días de este triste suceso. Alberto Rodríguez no fue al colegio, pero lo vimos continuamente. Estaba arreglando sus cosas y las de su padre, porque su tía, ahora sola y sin ayuda, iba a volver junto a unos parientes, que tenía en Valparaíso. El Moro pensaba irse con ella.

Una tarde nos anunció su viaje. La muerte de su padre le significaba quedar solo en el mundo. Debía trabajar, pero era todavía muy niño. Su tía le ofrecía la oportunidad de vivir en casa de un sobrino, de manera que pudiese terminar sus estudios, hasta unos años más.

La noticia nos produjo sentimiento. El Moro era el alma de nuestra pandilla. Con todas sus mañas, con su fama de pícaro, igual lo queríamos. Lo único que nos consolaba era que, a pesar de su desgracia, no quedaría desamparado.

Al hablar de su partida, le dijimos que antes de irse debía acompañarnos a alguna parte, a una nueva excursión. Habíamos tenido muchas aventuras juntos y esperábamos todavía vivir una más. El Moro sonrió, por primera vez, desde la muerte de su padre. Miró a Martín, muy pensativo, luego a mí, y por fin nos dijo, con el tono de quien revela un importante secreto:

—Muchachos, les voy a brindar una gran emoción, antes de irme. ¿Quieren que les diga una cosa? Pues, yo sé— donde se oculta un tesoro.

—¿Un tesoro? —preguntamos sorprendidos.

—Sí, un cofre lleno de dinero.

—¡Dinero! —repusimos—. ¿De quién?

—De Nathan Hauff.

—¿Del finado?

—Precisamente, del finado Nathan Hauff.

—¡No digas!

—Sí, sí, de él. Yo lo sabía hacía mucho tiempo y no quería buscarlo, al menos mientras el vicio viviera.

Me parecía que era delito apoderarse de eso. Quise, contárselo a ustedes, pero no me atreví. Me

habrían creído interesado en el robo. Por eso me dio rabia cuando supe que había muerto. Para mí fue doloroso, porque cuando regresaba de enterrar a mi padre, subía al cementerio el cortejo que acompañaba al judío Hauff. Pensé que muchas veces, para apoderarme de su dinero, le deseé la muerte, y no sé por qué se me figura que Dios me castigó, señalando el mismo destino para mi padre.

—¿Crees que fue castigo de Dios? —le preguntó Martín.

—Sí, Juanito, yo lo creo, porque lo he comprobado. No crean que no sé de estas cosas. Dios castiga, sin piedras y sin palos, como decía mi viejo, y realmente nos mide con la misma vara con que pretendemos medir. Yo pienso que todas las fechorías con que hice sufrir a mi padre, las pagaré con mis hijos, si es que llego a tenerlos. A veces creo que él fue así con sus mayores, porque muchas veces me decía que estas cosas se pagan con los hijos.

El Moro se expresaba de una manera desusual en él. Era seguramente a causa de largas noches de meditación. Y era también porque se estaba haciendo hombre, y aprendiendo algo más. Para que no continuase con su argumento, que terminaría con unas lágrimas, recordando al capitán, yo volví a lo que quedó de nuestra conversación, diciendo:

—Entonces, tú sabes que el viejo Hauff guardaba un cofre con dinero...

—Bueno... yo lo sabía, pero me enteré de pura casualidad. Vengan, siéntense, que voy a contarles—. Y nos relató:

—Después que me introduje en la casa del judío Hauff, esa vez, cuando me metí bajo la cama y le apagué la vela ¿se acuerdan? Pues bien, varias veces intenté averiguar algo sobre su fortuna, que decían que guardaba en su dormitorio. Como él o sabía que yo era el intruso, estuve repetidas veces en su casa, en forma muy amistosa, con el objeto de que el viejo me invitara a pasar al interior. Pero no fue así. Desconfiaba de mí y me mostraba mala cara, por lo que resolví no ir a verlo más.

«Una tarde salí a cazar con Anacleto, a los campos de la cueva del Milodón. Habíamos ido junto con Carentaneve, el Coruro y otros muchachos del barrio. Ellos habían quedado junto a la roca, que llaman la Silla del Diablo, asando un costillar de cordero. Nosotros descansábamos, después de haber trepado por la ladera del cerro Benítez y conversábamos acerca de libros. Anacleto me hablaba del «Quijote», que estaba terminando de leer. Imitaba los gestos del Caballero de la Triste Figura y reía imaginándose a la bella Dulcinea del Toboso, asediada por su desgachado galán. Me estaba hablando del yelmo de Mambrino, cuando vimos pasar, por entre los matorrales, un cochecito tirado por caballos, en cuyo pescante iba encaramado el viejo Nathan Hauff. Iba solo y apurado. No sabíamos qué andaba haciendo por esos parajes. Preocupado le dije a Anacleto que volviera junto a los chicos, pues yo regresaría unos minutos después. No pensó que yo iba a seguir el coche.

—¡Qué interesante! ¡A ver, cuenta!

—El hecho es que me tendí detrás de las matas y esperé que se alejara un poco. Mirando luego las huellas, seguí la marcha del vehículo. Lo descubrí poco después junto a unas grandes rocas, al otro lado de la cueva. Allí donde hay un cerrito con matorrales, por una quebrada donde estuvieron escarbando los arqueólogos, bajaba Hauff con un cajoncito debajo del brazo. Se me ocurrió que llevaba dinero, porque otra cosa no podía ser.

«Bien escondido miré largo rato, sin ver al viejo, que se metía detrás de una roca, dónde estuvo mucho tiempo. Cuando salió, llevaba, una pala en la mano y tenía la ropa, especialmente en las rodillas, toda manchada con tierra. Miró hacia el lugar donde había estado, subió al coche lo volvió, al trote de su caballo, en dirección al pueblo por el mismo camino.

—¿Y tú, qué hiciste? —pregunté, después de un silencio, pues escuchábamos el relato mudos de emoción.

—Bajé por la quebrada —respondió el Moro fui a dar detrás de la roca grande. Allí también había una cueva, que yo no conocía. Era chica, con una entrada estrecha, y el suelo era de tierra, negra y amarillenta. En seguida me di cuenta dónde había sepultado el cofre, porque el terreno estaba removido.

—¡Qué lindo! —interrumpió Martín, que se había entusiasmado con la descripción del Moro.

—¿No sacaste el cofre, para ver si tenía plata?

—No, no —quise tocarlo. Era peligroso. No sé qué diablos le dio por ir a enterrar el dinero en las montañas. Seguramente temía que se lo robaran. Y por lo visto, a nadie dijo nada, pues cuando murió, las autoridades tomaron nota de sus bienes, extrañadas de que a pesar de su avaricia, Nathan Hauff dejaba una cantidad de dinero cercana a los tres mil pesos apenas, aparte de lo que había invertido en el negocio, que tampoco era mucho.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Martín—. ¿Crees que podemos ir a buscar el tesoro?

—Claro, pues, hombre. Lo único que necesitamos es un vehículo, para no ir a pie, porque es muy lejos y el cofre debe pesar mucho. Hauff lo cargaba haciendo gran esfuerzo.

Yo pensé un rato. Me acordé del viejito Marshall, que acarreaba la madera de la barraca de mi padre. Estaba seguro de que él nos prestaría su carro, con más razón al saber que era para nosotros. Conmigo había sido siempre deferente y cariñoso. Muchas veces lo había acompañado a entregar los pedidos de madera, ocasiones en que me permitiría manejar las riendas. Quedamos de acuerdo en partir el domingo, si lográbamos conseguir el vehículo.

Cuando aquel día, todo estaba listo. Teníamos el carro algunos comestibles, una pala, un rifle, una cámara fotográfica, un cuchillo, una linterna eléctrica y otros útiles que empleábamos en las expediciones.

Subimos al vehículo y nos sentamos en el pescante. El Moro, que era sumamente práctico en estas cosas, comenzó a azotar el caballito, que salió corriendo al trote por el camino, que conduce a las afueras del pueblo. Debíamos recorrer 24 kilómetros para llegar hasta la cueva del Milodón, en cuyas cercanías estaba escondido el cofre con el tesoro, que esperábamos encontrar. Era algo maravilloso, como se lee en las novelas de piratas.

El Moro, que tenía siempre ingeniosas ocurrencias, nos sugirió en seguida el reparto, antes de dar con el cofre. Estuvimos conformes en que a él le correspondería la mitad de todo, por haberlo descubierto. Él quería que lo distribuyéramos en tres partes iguales. Pero Martín se opuso y dijo que el Moro necesitaba más dinero que nosotros, porque había quedado huérfano y, que como estaba de viaje, le debíamos dar

la mayor parte. Entonces decidimos que la mitad sería para él y que el resto lo distribuiríamos entre nosotros.

Juanito rió a carcajadas, suponiendo que no existía tal tesoro y que al excavar nos llevaríamos un enorme chasco. Pero el Moro estaba seguro de lo que decía y porfiaba. en que el tesoro de la cueva existía en realidad.

Por eso, a medida que nos acercábamos a la ruta del Milodón, nuestros corazones latían más acelerados. Nos invadía una extraña emoción, pensando con un poco de temor en el viejo Hauff, que murió escondiendo su dinero, que nosotros aprovecharíamos sin derecho alguno. Luego nos consolábamos diciendo que éramos los descubridores de un tesoro escondido. Como el viejo no tenía herederos, nos considerábamos con justicia los dueños, y esto nos tranquilizaba.

Llegamos cerca de la gruta escondida, donde el Moro había visto, unos meses antes, descender a Hauff por la quebrada. Allí trabamos el caballo y seguimos a Alberto Rodríguez, que comenzó a caminar en dirección a los peñascos, tras los cuales se abrió, en ese momento, la boca estrecha de una pequeña cueva.

Estábamos muy emocionados y nos parecía creíble estar viviendo esa extraña aventura. Así lo decía Martín, quien me aseguró que era la mayor emoción de su vida, superior a la experimentada en la odisea de los ahogados en la isla de los Cisnes.

El Moro tomó la pala y comenzó a escarbar la tierra húmeda. Era un día de calor, después de una noche de lluvia. Afuera cantaban los jilgueros encaramados en las ramas de los coihues. Lo recuerdo tan bien como si fuera hoy día, cuando sacamos el cofre de Hauff. Lanzamos a un tiempo una exclamación, cuando apareció ante nuestra vista, de la misma — forma que los arcones de los entierros de los piratas, que tantas veces habíamos visto en las películas. No era muy grande, pero pesaba mucho.

Con un hacha le destruimos la cerradura. Abrimos la tapa y apareció ante nuestros ojos una gran cantidad de billetes, de todas clases, cuidadosamente doblados y atados con cáusticos. Había también infinidad de monedas, de diversos valores: pesos, chauchas, unidades de dos y cinco pesos, y hasta dieces y cincos que han desaparecido de la circulación.

—¡Cuanta plata! —exclamó el Moro—. Es mucho. Aquí debe haber más de veinte mil pesos.

—Mucho más —dijimos a un tiempo Martín y yo.

Comenzamos a contar, pero nos encontramos con que era una cantidad muy grande, y que al deshacer los atados de billetes, los podía arrastrar la brisa. Además nos arriesgábamos a que nos sorprendiera un ovejero, de los que recorrían los campos, y el dinero, podía Inducirle al crimen, como ocurría en las novelas. Por eso echamos todo, de nuevo dentro del cofre, tapamos el hoyo de donde lo extrajimos y llevamos nuestro tesoro, cargado, hasta el carro.

Yo sentía una sensación extraña, semejante al remordimiento. Me parecía estar cometiendo un delito.

La misma emoción, tal vez, nos quitó el apetito y no comimos, a pesar de que llevábamos merienda.

Era peligroso estacionarnos a hacer un asado, porque el humo delataría nuestra presencia, y podrían descubrir nuestra carga. Debíamos guardar el secreto, para evitar que alguien se interesara en reclamarnos el dinero. Por eso, el pobre caballejo tuvo que trotar duro hasta el pueblo, donde llegamos cuando recién comenzaba a avanzar la tarde.

Por acuerdo unánime condujimos el carro a casa del Moro, donde entramos con él al patio, a fin de que ni los vecinos nos vieran descargar el cofre. Le rogamos a su tía que no dijera una palabra a nadie y ella nos prometió así, llorando de contenta.

De esta manera el secreto quedó entre nosotros tres y la buena señora. Cada uno guardó el dinero de su parte, donde mejor le pareció, para gastarlo de a poco. A mí me duró varios años, porque lo escondí en un baúl, en el sótano y lo fui gastando de a poco, en libros, en entradas para el cine y en otras pequeñeces. Finalmente noté que se desvalorizaba y lo dejé de recuerdo o como curiosidad numismática. Todavía guardo algunos tarros con esas monedas que el viejo avaro reunió, quizás con cuántos sacrificios.

Martín no gastó más que unos pocos pesos. Más tarde tuve que contarle a su madre, cómo habíamos encontrado ese dinero. Pero ella lo supo de otra manera.

XIII

El postrer encargo

Desde el hallazgo del cofre de Hauff, en la cueva cercana al Milodón, Martín y yo nos habíamos visto con menos frecuencia. Mi amigo tenía ciertas preocupaciones, que yo no acertaba a qué atribuir. A veces nos reuníamos en la playa, donde departíamos, pero durante escaso tiempo. Un día me manifestó sus deseos de irse a Santiago. Antes había estado en un instituto de comercio y padre deseaba que continuara los estudios. Pero a él le fascinaba volar y si lograba el consentimiento, pensaba ingresar a la Escuela de Aviación.

Mi amigo tenía motivos para retraerse. Los descubrí en seguida, porque en esos días había estado en casa de Elsa, aquella muchachita rubicunda, que decíamos que era su novia. Ella lo acompañaba en sus paseos a la playa y en varias ocasiones los divisé en el muelle, conversando.

Martín me contó que había comprado una escopeta. Era la primera inversión hecha con el dinero que encontramos en la gruta. También se había apercebido de los suficientes cartuchos, para salir a cazar. Cuando me invitó para que lo acompañara, le propuse que fuéramos con el Moro. Él acogió con entusiasmo la idea, pidiéndome que fuera a comunicárselo. Lo encontré poco más tarde. Estaba en su casa, en compañía del viejo Bermedo, el nuevo capitán del remolcador «Eduardo». Tenían una carta de navegación extendida sobre la mesa y el anciano manejaba las reglas paralelas, enseñándole a transportar rumbos, a la rosa de los vientos del mapa.

—Como ves, la cosa no es difícil —le decía—. Tú tienes conocimientos básicos, porque has estudiado geometría, cosmografía y otras cosas lo suficiente para poder aprender sin dificultades los principios de la navegación de estima.

Mi presencia les causó asombro.

—¡Oh! —dijo el Moro—. No te había visto. ¿Qué andas haciendo?

—Vengo a verte, precisamente —repuse—; pero parece que estás ocupado.

—No es nada —contestó—. Don Vicente me está dando unas explicaciones sobre la manera de trazar los rumbos. Estos son útiles que tenía mi papá. Hay de todo en la casa: un compás magnético y un sextante... ¿Quieres verlos?

Me mostró los instrumentos, al parecer profundamente interesado y algo entendido en el objeto que tenían, para su aplicación en la náutica.

Después me contó que se iba a marchar de Natales. Don Vicente le había aconsejado que se fuera a Valparaíso, junto con su tía. Allí cursaría aún dos años de humanidades y luego podría embarcarse de pilotín, con el fin de ingresar finalmente a la escuela, para hacer el curso de oficial de la Marina Mercante.

Me acerqué al viejo Bermedo y le estreché la mano grande y dura de trabajador del mar.

—Muchas gracias capitán —le dije—. Yo también he aconsejado mucho a este chiquillo. Yo sé que puede ser un buen marino. Fue la última voluntad de su padre.

—Lo hago por él.

Conversamos largamente, de los barcos, de la vida, del porvenir. Muchos temas tocamos entre los tres, encerrados en esa pequeña pieza.

Cuando se marchó don Vicente, hablé muy serio con el Moro, sobre su viaje y acerca de sus posibilidades futuras. Me tendió la mano, mirándome muy serenamente, y casi me hizo llorar, cuando con su voz ronca, quebrada por la adolescencia, me dijo:

—¿Tú crees que yo no recuerdo los últimos instantes de mi padre? ¿Se te ocurre, acaso, que olvido sus palabras y sus ruegos? Lo vi varias veces en mis sueños. Me martirizó muchas noches, con su presencia, en mis pesadillas. Me llamaba y me pedía que me hiciera marino. Lo veía sobre un enorme mapa, trepar por los paralelos, como por una escala de cuerdas, y de bien arriba gritarme, con esa voz enérgica de capitán, que se gastaba: «Muchacho, Moro, los Rodríguez han sido todos hombres de mar; que no muera su sangre sobre los océanos». Por eso voy a hacerme piloto y no chalupero, como él decía. Voy a estudiar...

—¡Qué bueno,, Moro ... !

—Sí, voy a estudiar aunque me cueste sacrificios. Aquí tienes mi mano, te la ofrezco para sellar la promesa que te hago. Me voy a ir, pero nunca te voy a volver a hablar, sino que hasta que puedas verme, luciendo el uniforme de los oficiales de la Marina Mercante. Y si no es así, no volverás a saber de mí en la vida.

Salimos afuera en busca de Martín. Yo no quería referirme más a esas cosas, porque me emocionaba fácilmente. Me causaba pena pensar que pronto, y quizás para siempre, nos separaríamos de este magnífico muchacho.

Martín nos recibió con entusiasmo, mostrándonos su escopeta nueva, flamante, adquirida hacia pocos días en una armería extranjera. Nos reunimos para hacer los planes de la cacería. Pronto nos pusimos de acuerdo.

Salimos el domingo, de madrugada, a pie, en dirección a bahía Desengaño. Ibamos a visitar las llanuras del Diana, famosas en la región. Por allí había caza abundante, especialmente liebres.

Yo llevé mi rifle del calibre 22, el Moro el suyo del calibre 9 y Martín su escopeta del 16. A los pocos kilómetros, fuera del pueblo y cerca de una parcela, nos detuvimos a merendar. Ya habíamos cazado un par de pájaros. A esta altura, Martín nos propuso que nos separáramos, para buscar más caza, y que nos reuniéramos en el puente que pasa sobre el río Dumestre.

Así fue que salimos caminando, Martín por el bajo, el Moro por la costa y yo por la cima del cerro. Como todos los cazadores, hurgábamos por los matorrales y los troncos, en busca de piezas; pero sin encontrar nada. Habríamos andado alrededor de media hora, cuando oímos un disparo, que provenía del

bajo, por donde debía de andar Juanito Martín.

Como era nuestra costumbre, esperamos que nos anunciara si había dado en el blanco. Pero no sentimos nada. Permanecí atento, percibiendo un grito débil, como un gemido. Luego me pareció que me llamaban. Entonces grité fuerte, poniendo alerta al Moro y salimos corriendo, hacia el lugar de donde provino el disparo.

Hoy todavía al escribirlo, experimento la misma emoción de aquellos años, y no sé cómo describir la escena, que se presentó ante mi vista. Vi a Martín que se afirmaba contra el cerco alambrado, con un rictus de dolor tremendo en el rostro y un brazo caído, sangrando en la axila. Vaciló y se desplomó al suelo.

Alcancé a llegar a tiempo y levantarlo enseguida. Lo senté sobre el pasto y lo afirmé en la espalda. Se volvió hacia mí, con los ojos caídos y me dijo:

—Fue al saltar el alambrado. Se me escapó un tiro. Me entró por debajo del brazo y me hizo pedazos el hombro. Me quemó como fuego.

Así había ocurrido el accidente, que era de bastante gravedad.

El Moro llegó en seguida, junto a nosotros.

—¿Qué pasó? —preguntó asustado—. ¿Te hiciste daño, Martín?

—Me embromé —respondió, con harto valor—. Pero no importa. Les ruego que me lleven a mi casa. Avísenle a mi mamá.

Nos miramos atemorizados. Era una situación angustiada y no sabíamos a qué atenernos. Juanito estaba mal y nos hallábamos a varios kilómetros del pueblo.

Yo recordé algunos conocimientos adquiridos en la brigada de exploradores y le saqué el vestón, rompí su camisa y con las tiras de género le vendé la herida. Pero Juanito sentía un intenso dolor y se quejaba desesperadamente. Nos rogaba que lo dejáramos solo. Y reclamaba para que fuéramos, corriendo, a avisarle a su madre lo que había sucedido.

El Moro nos dijo que allí cerca se hallaba la parcela del viejito Nicholls, un inglés que tenía lechería. Él lo conocía y pensaba conseguir un caballo o un carro, para llevar a Martín al pueblo.

Se fue corriendo por los matorrales y desapareció dejándome solo con el herido. Yo lo sostenía un poco levantado, sintiendo en mi mano la sangre tibia y viscosa, que manaba de su brazo herido. Estaba asustado y rogaba a Dios en silencio, para que el Moro regresara con el coche. A los veinte minutos, aproximadamente, apareció entre los matorrales. Había echado abajo una tranquera, para pasar con el vehículo.

Cuando el viejo Nicholls vio a Martín, nos dijo que estaba mal, que debíamos apresurarnos en llevarlo al pueblo. Lo cargamos con todo cuidado y, después de recoger la escopeta y la mochila, regresamos a toda velocidad a Natales. Entramos a la ciudad con el corazón palpitante y profundamente

angustiados.

Al llegar a la casa de Martín, su madre estaba sola,. Recuerdo bien la escena dramática que nos correspondió presenciar. La buena señora estuvo a punto de sufrir un síncope, al ver en qué estado traíamos a su hijo: Cuando el médico llegó a atenderlo más tarde, meneó la cabeza, dubitativo.

—Es grave —dijo—, hay que llevarlo de inmediato al hospital. Tenemos que operarlo. Ha perdido mucha sangre y está débil.

Yo me encontraba a su lado. Lo miré suplicante, rogándole:

—Sávelo, doctor, por favorcito. Yo no creo que esté tan mal.

—Si necesita sangre para una transfusión, tiene la mía, doctor —agregó el Moro—. Yo estoy dispuesto a dar hasta la última gota, con tal de salvar a Martín.

—Noble cabro —Comenta el médico y nos dio una mirada llena de ternura y tal vez de compasión. Se dirigió luego al padre de Martín, que había acudido presuroso al informarse de lo ocurrido:

—Lo espero en el hospital —le dijo—. Llévelo en un momento más.

Martín nos miró con profunda tristeza. Estaba pálido; tenía la boca seca y hablaba con frases entrecortada.

—Vengan, muchachos —nos pidió—. Yo sé que estoy mal. Lo siento y no sé por qué me—parece que voy a morir. Pero no importa. Fue en una aventura. No se olviden de mí, muchachos. Y tú, Moro, háceme una promesa...

—Lo que tú quieras, Martín; pero no me digas que vas a morir.

—Pues, quiero que cumplas un encargo, el último. Tu padre una vez nos pidió que te aconsejáramos. Estudia, Moro, y cumple esos deseos míos y de él. Ambos te lo pedimos así, muriendo.

Yo estaba al lado de Martín y le tomaba la mano. La sentí húmeda de transpiración. Su padre dejaba caer una lágrima en silencio. Su madre se había echado a nuestro lado, llorando. Su hermana estaba como ausente.

—No digas eso, Juanito, —decía su madre—, no digas que te mueres.

Han pasado muchos años desde aquel día. Muchas veces ha renacido la primavera y todos nos hemos hecho hombres. La vida nos ha proporcionado innumerables amargas e impresiones y las hemos soportado con resignación y con valor. Pero la desesperación que nos invadía esa tarde no la he sentido nunca más, ni en aventuras posteriores, donde el peligro inminente me hizo ver, muchas veces, la muerte muy de cerca.

Se llevaron a Martín en un automóvil. Nosotros lo vimos alejarse, muy amargados, con los ojos velados por las lágrimas, y regresamos a casa a contar la desgracia ocurrida.

Yo estaba extenuado por el viaje y por las emociones de ese día. Era ya de noche y sentía imperiosos deseos de descansar; pero no podía conciliar el sueño.

Las escenas que había presenciado me obsesionaban y no se apartaban de mi mente.

De pronto me estremecí, porque había sentido llamar a la puerta. Abrí rápidamente y me encontré con el Moro. Estaba pálido y trémulo. Su voz me hirió como una puñalada, cuando me dijo:

—¡Murió Martín!

XIV

La Separación

La caricia del viento había deshojado ya los árboles, en esos tiempos otoñales de Mayo. Los débiles rayos del sol producían una sensación agradable, como si logran prolongar aún la tibieza de la estación agonizante, cuyos días, se acortaban perezosos. La tarde estaba triste, llena de extraños presagios. La niebla escarmenada ponía una mancha de esfumino, sobre la línea que separa el cielo y el mar en lontananza.

Por las calles de Natales marchaba el cortejo. Las campanas de la iglesia repicaban a muerto. La gente, en enorme fila, seguía tras un ataúd color caoba, dentro del cual, durmiendo para siempre, yacía Juan Martín, nuestro amigo y compañero.

Un fraile, revestido con sus paramentos, arrastraba los pies, rezando el rosario. Lo acompañaban dos monaguillos, que habían sido condiscípulos del muerto. Y nosotros, los alumnos del colegio, bien formados, la tragedia estampada en los rostros, marchábamos al paso, con la vista fija y la mente ocupada en extraños pensamientos.

Franqueamos la ancha puerta del cementerio, el pobre cementerio de nuestro pueblecito, lleno de tumbas con cercos de madera, rejas de fierro y pequeños mausoleos. Se sentía olor a tierra húmeda.

Los exploradores del batallón del colegio, uniformados marchaban también, precedidos por la banda instrumental, que tocaba una marcha fúnebre, tan patética, que cada nota nos arañaba el alma. Todavía resuena en mis oídos, cuando evoco estos instantes, se llamaba «Flores Blancas».

Nuestra emoción colmó, cuando nos detuvimos ante la fosa, donde iba a descender el ataúd, para la inhumación. Yo iba a pronunciar un discurso que me había encomendado el profesor, y cuando llegó el momento, sentí una opresión y una angustia, que me paralizaron. Tras un esfuerzo dije por fin:

—Perdóneme, profesor, no puedo, voy a llorar...

Entonces él se levantó sobre la muchedumbre reunida en el camposanto, y comenzó a hablar:

—Mis labios van a pronunciar ahora unas palabras de despedida —dijo—, palabras que la emoción de un niño, le han dejado anudadas en la garganta.

«Los muchachos del colegio han venido a acompañarlo hasta su última morada, con los corazones oprimidos Y los ojos empañados por las lágrimas...»

Después de hablar extensamente de Martín y de lo que lo queríamos, se refirió a sus bondades, que tanto apreciaban sus condiscípulos, y luego, mirando al cielo que se iba enfoscando, dijo con voz temblorosa:

«Te queríamos todos, Martín, y todos te lloramos. Nuestra expresión es de desconsuelo. Hemos llorado alumnos y maestros. Por eso la tarde está así, oscura, y hasta las nubes, con sus tristeza gris, vienen a despedirte...»

El ataúd bajó a la fosa, de donde no saldría nunca más. Entonces echamos encima los primeros

terrones, que tomamos con nuestras manos pequeñas y frágiles. Sobre la tierra negra cayeron los gruesos orvallos de nuestras lágrimas.

Terminada la inhumación, los niños se fueron retirando. El profesor me llamó a la fila.

Déjeme usted, —le supliqué, llorando. El Moro estaba a mi lado, como ausente, tomado de mi brazo.

El profesor ordenó a los demás alumnos que se fueran, y se acercó a nosotros, que permanecíamos junto al cúmulo de, tierra, donde había sido clavada una cruz de madera, con el nombre de Martín.

Nunca en mi vida he de olvidar su gesto, ni el calor de su mano noble y cariñosa, al posarse sobre mi hombro, ni su voz grave, tranquila y llena de bondad con que me dijo:

—Era tu amigo... Está bien, quédate, porque debes estar aquí; es tu puesto. Y llora, porque sólo de los corazones buenos brotan a los ojos las lágrimas. Lloro y no te avergüences nunca de esta expresión pura y real del sentimiento.

«Quédense ambos y recen por su alma, aunque estoy seguro de que Martín ha volado a los cielos, porque él era bueno.

—¡Moro, murió Martín! ¿Qué dices? ¿Será cierto?

Lo dije, porque no podía comprender todavía, que bajo ese montón de tierra estuviera Juanito. Me parecía imposible, cuando hacía poco tiempo, no más, nos había acompañado en el viaje a la isla; en el hallazgo de los ahogados; en la búsqueda del tesoro y en tantas otras aventuras.

—Es cierto, hombre. Ya lo hemos enterrado. ¡Pobre Elsa, que lo quería tanto! A mí me dio mucha pena al ver como lloraba. Pero lo más triste fue ver a los viejos. ¡Pobrecitos! Están desconsolados.

—Todo ha terminado. Volvamos a casa.

—Terminó —dijo el Moro—. Se van de distintas maneras los muchachos del barrio. Dentro de poco quedarán solamente tú, Anacleto y los otros chiquillos, porque yo también me iré. En unos días más voy a partir a Valparaíso, junto con mi tía. Tú también debes irte, porque no es justo que quedes solo en el pueblo, aquí donde en el último tiempo sufrimos tantas penas.

Lentamente abandonamos el cementerio, no sin antes darnos vuelta varias veces para contemplar la sepultura. Finalmente transpusimos el ancho portón, bajando desde el cerro hacia la casa. Teníamos los rostros encendidos y los ojos irrigados por el llanto.

Varios días nos agobió la pesadumbre, afectados hondamente por la muerte de Martín. El Moro dejó de lamentarse pronto, mientras comenzaba a hacer los preparativos para su viaje. A mí me apenaba pensar que pronto tendríamos que despedirnos y que quedaría casi solo, sin mis amigos más preciados.

Anacleto, Carentaneve, el gordo Ruiz y otros muchachos eran pobres y ya no estudiaban. La vida era dura para ellos, y siendo tan jóvenes se veían obligados a trabajar, ya sea en un aserradero, en un taller mecánico o en las duras faenas de la pesca. Sin que nos diéramos cuenta, se habían retirado del

barrio. De los viejos amigos, sólo iba quedando Violeta. ¡Pobre Violeta! Me percaté de que había sido un ingrato con ella, y este sentimiento, arraigó más en mí el cariño que le profesaba.

Una tarde salí a rondar por su casa, para verla. No la encontré y experimenté gran angustia. Me atreví a pensar que también me había olvidado, lo que me produjo gran amargura. Pero al día siguiente la vi entrar en la farmacia y corrí tras ella. Era tarde ya y el pueblo estaba entre dos luces. Avanzaba el crepúsculo vespertino. No hacía frío.

Era una tarde agradable, que también las tenemos en Mayo, en esa región austral.

Mi encuentro con Violeta tuvo la virtud de devolverme el ánimo, de proporcionarme una gran alegría. La llamé por su nombre y ella se acercó a mí, riendo, contenta. Le pedí que me acompañase y comenzamos a caminar por la plaza, frente a los arbolitos de ciprés, frescos y olorosos. Nos sentamos en un escaño, lejos de las miradas de los transeúntes.

—Marina —le dije (era la segunda vez que la llamaba así)— hacía muchos días que deseaba verte. No te imaginas cuánto te necesito. Tengo mucha pena...

—Ya lo sé —me contestó. Sé que has llorado mucho por tu amigo Martín. Yo también lloré por él y por ti, porque eran muy amigos. Yo sabía que tú lo querías tanto, que muchas veces me olvidabas por él.

Violeta había sentido celos por mi amistad con Martín. Se justificaba, pues yo la había olvidado muchas veces para seguir en mis correrías con los muchachos. Y ahora tenía 16 años, iba siendo un hombre y comenzaba a amar.

—Marinita —murmuré—, me gusta llamarte así, más que por tu nombre. Quiero contarte mis penas.

—Háblame, me gusta que me lo digas, para poder consolarte..

Y esa tarde, bajo los cipreses, sentados en un banco de madera de la plaza de Natales, le conté la historia de mis amarguras, la muerte de Martín y la próxima partida del Moro Rodríguez. Ella me consoló con las palabras dulces, que siempre empleaba en los momentos de tristeza. Era tan buena, que nunca pude sentir por ella —más que afecto, un afecto que perdura, a pesar del tiempo y la distancia.

Le prometí que una vez que el Moro se fuera de Natales, no buscaría otras amistades. Dedicaría las horas al estudio y a ocupaciones provechosas, hasta el final del año, porque ya estaba resuelto que debía ingresar a otro plantel. Después me tendría siempre a su lado.

Como llegó la hora de irnos, nos levantamos. Nadie transitaba por la plaza. La abracé y la besé en las mejillas.

Algunos días después zarpaba un buque del puerto. Fuimos a despedirlo, porque se iba el Moro. Un piloto, amigo nuestro, estaba de guardia y, le recomendé que tratara de hacerle agradable el viaje; que le permitiera subir al puente y observar cómo se navega.

Había gran agitación. Gente que subía apresurada a bordo con su equipaje. El capitán daba las órdenes para largar espías y levar las anclas. El piloto nos pidió que volviéramos al muelle, porque iban a retirar la escala.

Yo estaba triste, pero lo disimulaba. En cambio el Moro se mostraba tan sereno, como lo había visto muchas veces, en situaciones en que imperaba la emoción. Nos abrazamos.

—Hasta la vista, viejo —me dijo—. Quizás no volvamos a vernos en muchos años. Llevo mis planes, que conocerás algún día. Pero, perdóneme, no te escribiré, sino que hasta que pueda darte una buena noticia. Adiós, que lo pases bien. Saludos a los muchachos.

—Adiós, Moro, buena suerte.

Nos separamos impresionados. Violeta estaba también allí cerca con otras personas. La miré cohibido, porque la acompañaba su padre. Ella me sonrió.

Esa sonrisa suya la contemplé muchas veces, durante el resto del año, hasta que un día, igual que el Moro, me embarqué con rumbo a otras playas. Ella no fue a despedirme, porque partimos una tarde en que llovía y el viento silbaba furioso en las jarcias del buque. Yo, desde a bordo, miraba la costa. Las casas de madera de Natales estaban oscurecidas por el agua.

Me despedí de mis padres y subí a la cubierta. El buque fue desatracando. Mis ojos apenas tendieron una última mirada, que abarcó las moles crispadas y remotas de la cordillera Prat, el cerro Dorotea, las chimeneas del frigorífico, la marina y la pequeña ciudad, tendida a la vera del canal.

Se oyó el pitazo estridente del buque y yo grité: «Adiós».

Me despedía de mis padres. Me despedía del Pueblo, del que nos alejábamos. Y me despedía también de la infancia, que viví intensamente entre el caserío...

XV

Recuerdos

Me había propuesto escribir la historia de mi amigo Martín, cumpliendo una resolución que tomé de niño, cuando empecé a borrar las primeras cuartillas. Pero los recuerdos vertidos en estas páginas, hicieron que mezclara en el relato a otros personajes, como al Moro, a Violeta, que fueron mis compañeros preferidos hasta la adolescencia. Nos separamos, un tiempo después de la muerte de Juanito; pero no pude olvidarlos nunca, porque su amistad fortaleció mi ánimo en momentos muy difíciles, especialmente cuando la ausencia de Martín me agobiaba, como negra pesadumbre.

Pasé largos años lejos de mi pueblo. Viví bastante inquieto, buscando siempre horizontes distintos. De vez en cuando volví a visitar Natales, atraído por los viejos recuerdos. Y cada vez que llegaba al pueblecito, subía al cementerio a ver cómo crecían las flores, sobre la tumba de Martín. Manos piadosas cuidaban con esmero la pequeña sepultura.

En la ciudad vivían gentes nuevas. Violeta se había ido, así como se ausentaron otros amigos. Los demás muchachos se esparcieron por el ancho territorio. A su debido tiempo me enteré de sus destinos, que fueron muy distintos. Me dio pena. Espero, sin embargo, que algún día la suerte no les sea tan esquiva.

Cuando escribo mis recuerdos, hace muy poco tiempo que viví el último capítulo de esta historia. Ya habían pasado quince años desde la muerte de Martín y, a pesar de que la pena se había borrado hacía mucho tiempo de nuestros corazones, siempre pensaba en él. Siendo todo un hombre, me acordaba de ese muchachito de dieciséis años como si al morir hubiera tenido la edad que yo tengo hoy día.

Salimos de Bahía Blanca, un puerto del Atlántico, a bordo de un buque que nos llevaba a Punta Arenas. Me embarqué al atardecer y zarpamos de noche. Afuera, el viento soplaba fuerte, amontonando el humo denso de la chimenea, sobre el bosque de mástiles que flotaba en la bahía porteña.

Me acosté temprano, cansado a causa de un largo viaje en ferrocarril que había realizado ese día. Dormí plácidamente, mecido por la suavidad de los tumbos del buque, que navegaba con mar gruesa.

Cuando me levanté, después de un sueño reparador, advertí que había muchos pasajeros en cubierta. Los veía felices, aspirando el aire salobre del mar, fresco y agradable. Había personas de todas clases: mujeres rubias y morenas; hombres viejos y jóvenes, de diversas contexturas; rostros pálidos y rubicundos de gentes que no conocía. Me sentía como un verdadero extraño a bordo de ese barco, que hacía la navegación entre Buenos Aires y Valparaíso.

Con ansias de fortificar mis pulmones, me acerque la borda, para aspirar la brisa marina. Y sentí una alegría casi infantil al contemplar las gaviotas que acompañaban al barco en su singladura hacia el sur. Volaban desde la altura de los mástiles hasta las crestas de las olas. Sus graznidos me traían recuerdos de la infancia natalina.

Del grupo de pasajeros salió una mujer, que se acercó a mí, casualmente. Era aún joven y muy

hermosa, de cabellos rubios y rostro sonrosado. Cubría sus ojos con anteojos oscuros, para defenderlos de los rayos solares, igual que muchos de sus compañeros de viaje. Me observó con insistencia, haciéndome sentir una impresión extraña. Su aspecto me era conocido. Era una mujer a quien yo había visto alguna vez; pero debió haber sido en otros tiempos, ya lejanos.

—Perdóneme —dijo con una sonrisa amable, marcada por dos hoyuelos que reconocí en sus mejillas—, creo que nos conocemos ¿no es cierto? Yo no sé quién es usted, y sin embargo tengo la impresión de que nos hemos encontrado anteriormente. Tal vez fuimos amigos.

Se quitó los anteojos, para contemplarme mejor. Y yo la miré con asombro, fijamente en los ojos, porque eran unos ojos cerúleos que me traían recuerdos de tiempos pasados. Y vi, remontando el pensamiento, cuando en los años de la infancia, una tarde de invierno, una niña muy linda, de ojos también azules, lloraba porque había caído en la escarcha. Yo le había limpiado la nieve de la falda y, tomada de la manita, le enseñé a patinar en el hielo. ¡qué hermosos recuerdos! Después nos amamos. Todo eso había ocurrido en Puerto Natales, en la primavera de la vida. El tiempo lo había borrado, pero no para siempre.

Me contuve un momento, para no delatar mis sentimientos, y repliqué con calma:

—Yo te conozco, Violeta. Hemos cambiado, porque ha transcurrido mucho tiempo, desde la última vez que nos vimos, y ahora somos adultos. Hace quince años, justos, que nos separamos. ¿No te acuerdas de mi, chiquilla?

Ella reprimió también su emoción. Ahora se acordaba de mí.

—Pero... ¡claro! —exclamó alborozada—. Si eres tú... tú... —y me tendió la mano; mas yo la atraje hacia mí y la abracé, bien fuerte, con honda ternura, sintiendo con delicia el contacto de su rostro con mi mejilla.

—¡Qué sorpresa! —exclamó riendo—. Nunca hubiera sospechado que estabas a bordo. No sabía nada de ti hacía muchísimos años. Ayer, casualmente, te recordaba y hasta suponía que habías muerto...

—Estuve mucho tiempo fuera de Chile, pero con frecuencia visité Natales. Ahora voy de regreso. Nunca puedo olvidar mi pueblo y mientras más distante estoy, más me atrae. Lo quiero tanto, que ahora comprendo que alguien haya dicho, que hay tierras que dan ganas de estrecharlas contra el corazón.

—¡Muchacho! No has cambiado nada —exclamó ella con entusiasmo—, eres igual que siempre, y me contempló alegremente, como lo hacía cuando era niña.

Me sentí cohibido y no supe de qué hablarle. Tenía deseos de recordarle los tiempos felices de la niñez, nuestros amores y nuestra promesa de casarnos; pero me pareció inoportuno. La había olvidado durante quince años y me inquietaba el pensamiento de que ella amaba a otro ahora. A través de nuestra conversación, trataría de saber algo de su vida.

—¿Cómo es que estás a bordo? —le pregunté.

—Voy a Puerto Natales, donde está esperándonos mi padre. Se instaló de nuevo con un negocio y

nos mandó a buscar. Yo vengo de Buenos Aires, donde estuve veraneando con mi madre. Ella está en el salón. Vamos a verla. Pero...

Se detuvo haciendo un gesto, como si de pronto recordara algo.

—¡Vaya! —exclamó—. Tengo que darte una sorpresa. Es algo maravilloso. Espérame unos minutos, pero sin moverte. Te volverás loco de alegría...

Obedecí, mientras ella desaparecía entre un grupo de pasajeros. Volví a acomodarme, afirmado en la borda, muy feliz, por este encuentro. Mientras miraba el mar, con sus olas coronadas de espuma, pensaba en qué sería lo que preocupaba a Violeta; pero no se me ocurrió nada, ni siquiera la posibilidad de un encuentro tan hermoso como aquél, con ella. El buque seguía constante su ruta hacia el sur, en el mar azul lleno de ondulaciones, sobre el cual arrastraba la corredera, que aguitaban inquietas las gaviotas.

Como Violeta demoraba en regresar, me volví preocupado y comencé a mirar a todos lados, hasta que la vi bajar del puente. Volvía acompañada por un oficial del barco, con quien conversaba muy animada. Era un hombre joven, que lucía en las mangas los galones de primer piloto. La gorra le daba un aspecto arrogante.

—Voy a presentarte un amigo, del buque —me dijo ella, al acercarse.

El marino sonrió al tenderme la mano y vi sus dientes cortos, ligeramente separados, que me llamaron la atención. Sus ojos eran inconfundibles. Yo lo conocía, y me alegré tanto de este encuentro, que no pude contenerme y lo abracé:

—¡Moro! —fue un grito, más que una exclamación—. Tú... tú... convertido en piloto de este tremendo barco...

—Así es. ¿Te asombra?

—¡Cuánto me alegro! Gracias, hombre, muchas gracias por haberme dado esta alegría. Estoy orgulloso de ti.

Alberto Rodríguez se impresionó hondamente con mis palabras. No era para menos. Hacía muchos años que no sabíamos nada acerca de nuestros destinos y se justificaba mi alegría, al volver a verlo ahora hecho un hombre, y saber lo que era. Egresado de la Escuela de Pilotines, ya había navegado en varios buques. Ahora tenía el cargo de primer oficial.

El Moro tenía una historia larga que contar. Había vividos muchas aventuras en mares lejanos, como pretendió en la infancia. Violeta no nos dejaba hablar, e interrumpía a cada momento nuestra conversación, añadiendo más recuerdos. Me trajo a la memoria muchas cosas, casi olvidadas de la niñez. Recordó cuando me arrojó una bola de nieve y yo troqué mi enfado en alegría, al advertir que había sido ella.

Violeta trataba de resucitar el pasado, y ahora nos hablaba de cosas que tenían relación con nuestros amores pueriles. En cambio Alberto Rodríguez, en sus evocaciones de la infancia, se refería siempre a Martín. Me habló de los ahogados y de nuestro juramento en la isla de los Cisnes, del tesoro del judío

Hauff, que fuimos a buscar a la cueva, con el carronato del viejo Marshall, de la muerte de Juanito y de nuestra separación.

Se acordaba cuando su padre, el antiguo capitán de veleros, nos había hablado en el muelle, del alma de los barcos, y cuando murió pidiéndole que siguiera la carrera del mar Evocó sus sueños inolvidables, cuando le parecía que el espíritu del viejo Rodríguez lo llamaba; cuando lo veía sobre un mapa gigantesco, trepando por los Paralelos, como por los flechastes de las jarcias. Y finalmente, agradecía todo lo que habíamos hecho nosotros por él, para apartarlo del vagabundaje. Decía que sin nuestra intervención, nunca habría seguido estudiando.

Cuando recibió su guardia lo acompañé al puente, para tener la satisfacción de verlo, dirigiendo la navegación. Lo observé frunciendo el ceño, igual que cuando era niño, ahora, haciendo correr las paralelas sobre la carta náutica, para sacar el rumbo de la rosa de los vientos. Todavía se mordía las uñas. Pude verlo cuando medía las distancias con el compás de punta seca. Pero había cambiado su voz. Era ronca, cuando le decía al timonel:

—¡Así la proa, bien!

Me sentí orgulloso de mi amigo y me acordé de los días ya lejanos, cuando el piloto Rodríguez, en ese tiempo el Moro, gobernaba la chalupa del tuerto Amadeo, en que navegábamos a la isla de los Cisnes. ¡Qué dirían el Cuervo Mayorga y los otros pescadores de ese tiempo, si lo viesan ahora en el puente de mando, dirigiendo un enorme barco, vestido con el uniforme de oficial!

Lo dejé en el puente dándole el rumbo al marinero. En la cubierta me reuní con Violeta y, en una hora de conversación, evocamos todo lo pasado. Estábamos felices; pero sentíamos cierta timidez, que nos impedía hablar de nuestros amores de niños. Yo quería recordarlos y le dije:

—¿Te acuerdas que te llamaba Marina?

Sonrió alegremente y me tomó del brazo, gesto de camaradería que fortaleció mi ánimo.

—¿Y tú, no te has casado? —me preguntó de sorpresa.

—No, —le repliqué. No tengo novia. Me debo a una promesa, hecha hace muchos años a una mujer...

Mi respuesta la estremeció. Estuvo indecisa, al parecer cohibida y un brillo extraño advertí en sus pupilas, lo mismo que una vez, en nuestra infancia, cuando nuestros ojos hablaron por nuestros corazones, en la laguna helada.

—¿Y tú, no tienes novio? —agregué.

—No. También hice una promesa —me respondió, con ternura.

Nadie nos observaba. Nos hallábamos solos en la cubierta, expuestos a la brisa marina, que hacía, tremolar nuestros cabellos. Estábamos felices, yo seguramente más que ella.

—Violeta —le supliqué—, no te molestes si resucito el pasado. Me parece que si alguna vez nos

tuvimos cariño, no ha sido vanamente. Yo no he cambiado nada. Sólo que ahora soy un hombre. Quiero saber si aún me quieres o si has mudado tus antiguos sentimientos.

—Han pasado muchos años —me dijo—; pero nunca dejo de recordar los momentos dichosos de la niñez. Volvamos otra vez a Natales, y revivamos nuestras horas felices. Si es verdad que no has cambiado, tendré que quererte. Siempre te quise, y muchas veces, en estos quince años, me acordé de ti y rogué a Dios por ti, para que fueras bueno y te conservaras sano.

Había tanta bondad en sus palabras, que me emocioné realmente, y no atinando a hacer otra cosa, que contemplarla sonriendo, acaricié sus crenchas rubias, que había desordenado el viento.

Arriba, en el púlpito del puente, el piloto de guardia empuñaba el sextante, para tomar la altura meridiana del sol. Al vernos, saludó con la mano. Nosotros correspondimos al saludo.

—Violeta —exclamé emocionado—, yo daría diez años de mi vida para que Martín estuviera presente con nosotros. Mira, allá arriba. Ese oficial es él mismo niño pícaro que llamábamos el Moro.

Subimos al puente. Alberto Rodríguez nos recibió con demostraciones cariñosas. Nos informó que no había novedades en la navegación y que, con tiempo favorable, en pocos días llegaríamos a las aguas chilenas.

En ese instante pasaron dos aviones, volando sobre el mar. Contemplamos su vuelo vertiginoso y admiramos las espirales que describieron sobre la nave.

El piloto Rodríguez —me dijo—.

—¿Te acuerdas? El sueño dorado de Martín era ser aviador. ¡Y pensar que está muerto hace más de quince años! ¡Pobre Martín!

—No recordemos esas cosas tristes —nos rogó Violeta—. Ahora que estamos reunidos, hablemos de algo distinto. El pasado nos dejó muchas penas. Vivamos el presente y pensemos en el futuro.

Yo me apoyé en la bitácora y observé la rosa de los vientos, que bailaba dentro del mortero. La línea de fe del compás marcaba 180 grados. Justo el sur. Íbamos en dirección al Estrecho de Magallanes.

Dentro de algunos días estaríamos en la zona de los canales, sorteando los islotes y rocas marinas. Ibamos a entrar nuevamente en la angostura Kirke, desde donde pondríamos proa a la isla de los Cisnes, cuyo viejo faro, que nos conoció en la infancia, nos daría la bienvenida con sus papirotazos de luz.

Y apenas fondeado el buque, subiríamos hasta el cementerio que queda en la loma, a ver de nuevo la tumba de Juanito. La gente nos vería pasar como si fuéramos personas extrañas. Y no sabrían que éramos natalinos, un pedazo de ese pueblo, chiquillos todavía, a pesar de ser hombres, que volvíamos a visitar a un antiguo camarada, a quien nunca, olvidamos, a pesar de que nos abandonó en la primavera de la vida.

XVI

En el viejo cementerio

Una tarde subimos el cerro, camino al cementerio, llevando un enorme ramo de flores. Todavía existían el viejo cerco de tablas y el portón, con la gran cruz de madera, blanqueada por el tiempo. Había muchas sepulturas nuevas, con nombres para nosotros desconocidos.

No demoramos en encontrar la tumba de Juanito. Pero ya no tenía la antigua reja de fierro, sino que estaba cubierta por una losa, con una cariñosa inscripción.

Un hombrecito moreno, de aspecto rústico, se acercó a hablarnos.

—¿Ustedes buscan la tumba de Martín? —nos preguntó algo cohibido—. Es ésta, justamente. Siempre tiene flores. Su hermana no lo ha olvidado y viene a verlo a menudo. Yo la aguaito a veces y la veo que queda largo rato, como si conversara con el finado.

—¿Y usted quién es? —le preguntó Rodríguez, observándolo, asombrado.

—¡Bah! ¿No me conocen? ¿Y cómo yo los conocí al tiro? Soy el Coruro y fuimos de la misma pandilla. ¿Se acuerdan ahora?

El Moro Rodríguez llegó a estremecerse de emoción. Sin reparar en la ropa cubierta de tierra, que llevaba el compañero de nuestra infancia, lo sacudió de los hombros, estrechándolo contra su pecho.

—Esto es maravilloso —dijo—. Nunca me lo hubiera imaginado. Después de tantos años, volvemos a estar reunidos. Hoy tienes que acompañarnos, para que nos cuentes muchas cosas que queremos saber de todos los muchachos.

—La vida ha cambiado mucho —expresó nuestro amigo—. Ustedes se han ido y son algo. Yo en cambio soy un modesto obrero; pero me alegra que no me hayan desconocido.

—¡Pero Coruro!

—Bonita la tumba ¿no? —torció la conversación—. La mandó a hacer su hermana... Creo que ella no me conoce. Yo vengo los días domingos a ver a un angelito que tengo enterrado aquí y la encuentro a menudo con un tamaño ramo de flores. Es fiel a su memoria. Se queda largo rato arreglando la tumba y parece que reza.

El Moro Rodríguez tomó las flores que llevaba Violeta y me las entregó, diciendo:

—Colócalas tú sobre su tumba. Al fin y al cabo eras más amigo de él que nosotros. Yo voy a llevar estos claveles ¿sabes adónde? A las sepulturas de mi padre y de Nathan Hauff. ¿Te acuerdas?

Cuando se alejó tomé el ramo y lo deposité junto a la cruz, al lado de unos pensamientos que aún no se habían marchitado.

El Coruro, nervioso, estrujaba el sombrero, entre sus manos callosas y deformadas por el trabajo.

—Colóqueme una tarjeta —nos sugirió, para que ella sepa que sus amigos no lo han olvidado.

Extraje una cartulina de la cartera y escribí nuestros nombres, incluso el del Coruro. El se alegró mucho por esta distinción y aprobó, sonriendo.

Estuvimos largo tiempo frente a la tumba de Martín. Desde el cementerio se veía gran parte de la ciudad, el canal, y, hacia el sur, la pequeña isla de los Cisnes, que comenzaban a envolver las sombras del crepúsculo.

El faro parpadeaba igual que en los viejos tiempos, que se fueron, que añoramos y que no volverán jamás.

F I N